Emilio

EMILIO ZOLA, 1840-1902

GERMINAL

Drama en siete actos y once cuadros

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

GERMINAL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

638:22

GERMINAL

Melodrama en siete actos y once cuadros

inspirado en la famosa novela del mismo nombre

de

EMILIO ZOLA

escrito por

JOSÉ PABLO RIVAS

Estrenado en el Salón Nacional, de Madrid,
la noche del 18 de Agosto de 1910

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará, 15
1915

REPARTO

Personajes	Intérpretes
MATILDE	*Mercedes Guerra.*
DOÑA ROSALÍA	*Eloísa Bagá.*
CECILIA	*Rita Herrero.*
LA NICANORA	*Concepción Ester.*
CATALINA	*Angeles Hermán.*
ADELA (jorobadita, 11 años)	*Niña Vázquez.*
LA LORENZA	*Rita Herrero.*
LA ROSA	*Luisa Alcalá.*
FILOMENA	*Rita Vega.*
MUJER 1.ª	*María Luisa Vega.*
IDEM 2.ª	*Rita Herrero.*
IDEM 3.ª	*Mercedes Guerra.*
SEÑOR HENNEBEAU	*Enrique Torrent.*
DON TOMÁS	*Ventura Vázquez.*
PABLO NEGREL	*R. Tejedor.*
DANSAERT	*José Balsalobre.*
SEÑOR RICHOMME	*Germán de Castro.*
BELISARIO	*José Balsalobre.*
DOCTOR MOREL	*Germán de Castro.*
CHAVAL	*Ramón Puga.*
ESTEBAN	*Emilio Portes.*
BUENA MUERTE	*Miguel Pigrau.*
DEMETRIO	*Enrique Torrent.*
JUANILLO	*Arturo Paniagua.*
UN OFICIAL	*R. Tejedor.*
MINERO 1.º	*Ventura Vázquez.*
IDEM 2.º	*Francisco López Silva.*

Mujeres, niños, soldados, gendarmes, etc., etc.

La acción en Montsou,
pueblecito minero del Norte de Francia.

Derecha e izquierda, las del actor.

NOTA IMPORTANTE.—Como se ve por el reparto de esta obra, varios de los actores han tenido que doblar y aun triplicar sus papeles, sistema que permite el representarla aun por las compañías menos numerosas.

Vicente Domingo
Barcelona

ACTO PRIMERO

CUADRO I

A LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Sala de ingreso a la mina "La Victoria", situada a los alrededores de Montsou. A la derecha, en primer término, la boca de la mina. Más, allá hacia el fondo, en un compartimiento algo más alto, la máquina lanza sus reflejos metálicos. A la izquierda dos puertas; por la primera se entra en la sala; por la segunda a la lampistería. Algunas linternas plantadas allá y acullá, alumbran vivamente las rampas de hierro, los cables y las maderas del aparato por donde suben y bajan las jaulas ascensoras.

ESCENA PRIMERA

BUENA MUERTE. ESTEBAN por la primera puerta de la izquierda. Lleva un paquetito debajo del brazo.

ESTEBAN ¡Buenos días, amigo!

BUENA Buenos días le dé Dios. (Pausa breve. Buena Muerte al recién llegado, con aire receloso.) ¿Qué se le ofrece?

ESTEBAN Me llamo Esteban Lantier. Soy maquinista. ¿No hay trabajo para mí?

BUENA No.

ESTEBAN La respuesta de todos.

BUENA Ayer estuvieron aquí otros dos. Se les dijo lo mismo.

ESTEBAN Esto es una mina, ¿no es cierto?

BUENA (Tarda en poder contestarle porque se ve acometido

de un violento acceso de tos.) Sí. «La Victoria».

ESTEBAN (Señalando al pozo de la derecha.) ¿Y esa es la boca?

BUENA Sí.

ESTEBAN Parece la de una bestia colocada ahí para engullirse a la gente.

BUENA La nuestra. ¿No ha visto usted allá arriba el barrio de los obreros?

ESTEBAN Sí. A la escasa luz del alba. ¿De modo que no hay trabajo para mí?

BUENA Ya se lo he dicho.

ESTEBAN Llevo ya una semana entera de correrías inútiles. Y a todo esto ni un pedazo de pan, ni un sitio donde resguardarse del frío. ¿No hay fábricas en Montsou?

BUENA Sí, pero se van cerrando unas tras otras.

ESTEBAN La miseria se cierne sobre nuestras cabezas. Parece que este viento de marzo arrastra consigo un inmenso grito de hambre al través de toda esta campiña desolada y vacía.

BUENA ¿Es usted belga?

ESTEBAN No. Soy del Sur.

BUENA Yo soy de aquí, de Montsou, y me llaman Buena Muerte.

ESTEBAN Será un apodo.

BUENA Sí. (Señalando a la boca de la mina.) Me han sacado de allí dentro la friolera de tres veces casi medio muerto. Una vez convertido en un tizón, la otra con tierra hasta en el buche, y la tercera con el vientre más hinchado que una rana. Entonces, al ver que tenía yo siete vidas como los gatos, me pusieron en broma Buena Muerte. (Se ve acometido de otro violento acceso de tos.)

ESTEBAN Tiene gracia.

BUENA Por lo demás, estoy más fuerte que un roble. ¡Ah! Si no fuese por estas pícaras piernas. Hay días que no puedo mover una pata sin poner el grito en el cielo. (Otro golpe de tos.)

ESTEBAN ¿Y por qué tose usted así?

BUENA ¿Le parece a usted poca la humedad de la mina?

ESTEBAN ¿Escupe usted sangre?

BUENA (Enjugándose la boca con el reverso de la mano.) Carbón. Tengo en el cuerpo más del que me haría falta para calentarme hasta el día de mi muerte. Y eso que hace ya cinco años que no bajo hasta el fondo. Trabajo en el acarreo. Tenía todo esto (Volviendo a escupir.) por lo visto almacenado sin sospecharlo siquiera.

ESTEBAN ¿Es rica la compañía?

BUENA Millones... millones y millones. La mar de dinero.

ESTEBAN ¿La mina es del señor Hennebeau?

BUENA ¡Bah! El señor Hennebeau no es más que el director general. Le pagan como a nosotros.

ESTEBAN ¿Pues de quién es todo esto?

BUENA ¡Qué sé yo! De los accionistas.

ESTEBAN ¡Valientes tíos estarán todos ellos!

BUENA Dispénseme, camarada. Me he detenido demasiado tiempo con usted. Mi obligación me espera. (Va a salir. En este momento el señor Richomme entra por la primera puerta de la izquierda para dirigirse a la lampistería.) Ahí tiene usted al señor Richomme, uno de los capataces de la compañía. Puede usted dirigirse a él. (Buena Muerte desaparece por la derecha segundo término, por detrás de la boca de la mina.)

ESTEBAN (Deteniendo al señor Richomme, a la mitad de su camino, gorra en mano.) ¿Podría usted proporcionarme trabajo?

RICHOM. (Continuando su camino y metiéndose en la lampistería.) Espere usted a que venga el señor Dansaert, el capataz mayor.

ESTEBAN (Con desaliento.) ¿A qué esperarme más si todo ha de ser inútil? El capataz mayor me dirá lo mismo que los otros. Y luego, ¿a qué negarlo? Ese pozo inmenso que

se traga hombres y más hombres como si tal cosa, me infunde un terror inexplicable. Me voy al aire libre. Siento que mi cerebro vacila. (Va a salir.)

ESCENA II

ESTEBAN, BELISARIO, CHAVAL, CATALINA, LA LORENZA, JUANILLO. Este entra haciendo cabriolas y gestos burlescos. Es pequeño, escrofuloso, paliducho, con esa inmensa palidez de todos los mineros, producida por la anemia; ojos muy chicos y orejas muy grandes. Grupo de mineros de ambos sexos. Las mujeres, a usanza de las minas francesas, llevan todas el mismo traje que los hombres.

ESTEBAN (Al ver a Catalina, dirigiéndose a ella.) Oye, camarada, ¿no hace falta aquí ningún obrero para cualquier clase de trabajo? (Catalina, como sorprendida de la brusquedad de la pregunta, le mira asustada.)

BELISARIO (Contestando en su lugar.) No se necesita a nadie. (Esteban, abatido y sin replicar palabra, sale por la primera puerta de la izquierda.) ¿Han visto ustedes a ese pobre diablo? ¡Quién sabe de dónde viene! ¡Quién sabe a dónde va! Cuando uno piensa que pudiera verse cómo él... Y aun nos quejamos. Nosotros al menos tenemos trabajo.

LORENZA ¿Qué? ¿No saben ustedes? Se han encontrado a la pobre de Florencia tiesa en su cama. Dice el médico que de una aneurisma... Yo creo que de una curda de ginebra.

BELISARIO ¡Conchos! ¿Y qué hago yo ahora? He aquí mi cuadrilla descabalada.

CATALINA Oye, padre, ¿y ese hombre que buscaba trabajo?

BELISARIO Hombre, es verdad. Precisamente ahora llega el señor Richomme. (Este aparece en el umbral de la puerta de la izquierda. Le pediremos permiso. (Dirigiéndose al señor Richomme, gorra en mano.) Señor Richomme, me falta

uno de la cuadrilla. La pobre Florencia ha muerto...

RICHOM. Con reemplazarla con otra...

BELISARIO Es lo que yo digo. Acaba de llegar precisamente un hombre de fuera, buscando trabajo, y como conozco el deseo de la compañía de ir substituyendo poco a poco con hombres a las muchachas que trabajan en el arrastre, si usted me lo permite...

RICHOM. Lo que es por mí... Pero como ese proyecto de excluir a las mujeres de las faenas del arrastre, sé que os disgusta a todos... En fin, haz lo que quieras; se entiende, con tal de que no se oponga el señor Negrel...

JUANILLO Sí, echadle un galgo al hombre. No debe de andar ya poco lejos.

CATALINA Yo iré a buscarle. (Sale corriendo por la primera puerta de la izquierda.)

BELISARIO Pero volando, que ya es tarde, ¡conchos! (Catalina vuelve a entrar por la primera puerta de la izquierda, seguida de Esteban.) Pero, chica, ¿has volado por los aires?

CATALINA Estaba aquí mismo, a la puerta, hablando con el fogonero.

ESTEBAN ¿Qué se ofrece?

BELISARIO Hay trabajo para usted. ¿Se siente usted con valor para bajar hasta el fondo de la mina?

ESTEBAN ¡Pues ya lo creo! (Muy alegre y estrechando efusivamente la mano de Catalina.) ¡Gracias, camarada! ¡Eres un buen chico!

CATALINA (¡Qué gracia! Me sigue tomando por hombre.)

JUANILLO (Enlazando el talle de su hermana.) Anda, Catalina, bailemos un vals.

CATALINA Quita, diablillo... Para bailar estamos.

ESTEBAN (A Catalina.) ¡Ah! ¿pero eres una muchacha?

CATALINA (Sonriendo.) ¿Hasta ahora no lo has nota-

do? Así vestimos todas las mujeres en la mina.

BELISARIO ¡Eh! basta de palique... ¡Despachad! ¡Conchos, que es tarde!... (Todos los mineros se dirigen a la lampistería a proveerse de linternas.)

JUANILLO (Dirigiéndose también a la lampistería en busca de la suya.) ¡Ea! ¡Ya salen las luciérnagas!

BELISARIO Vaya usted a buscar la suya también. (Esteban obedece la indicación de Belisario. Los mineros van entrando en la lampistería y vuelven a salir con sus linternas correspondientes.)

JUANILLO (Yendo al centro del escenario.) Señores, la lámpara maravillosa. (A Esteban.) No se ría usted, señor forastero. Soy yo el que voy a hacerle los honores de nuestro palacio, un palacio como no ha visto usted nunca, ni soñado siquiera. ¡Qué elevación de techos! ¡Qué amplitud de las salas! ¡Qué derroche de luz! ¿Usted no siente vocación de topo?

ESTEBAN (Sonriendo.) Me parece que no. (Todos los mineros se ríen estrepitosamente.)

JUANILLO Lo siento por usted, amigo. Si al menos tuviese usted la de culebra. (Los mineros vuelven a reirse estrepitosamente.)

BELISARIO Pero, ¿te quieres callar, arrapiezo? Hoy llevamos media hora de trabajo, ¡conchos! ¡A su puesto todo el mundo! (Los mineros van a colocarse al lado de la boca de la mina. Esteban busca instintivamente el lado de Catalina.)

ESTEBAN ¿Sabes que eres muy bonita?

CATALINA (Complacida.) ¡Gracias, Esteban!

CHAVAL (Mirando al grupo de los dos con hosco recelo.) ¡Me empieza a cargar el intruso!

JUANILLO Señor forastero, tengo el gusto de presentarle a usted a nuestro ministro de la guerra. (Los dos hombres se miran con antipatía y recelo. Nuevas y ruidosas risas de los mineros.)

CHAVAL (Complacido.) ¿Y por qué me llamas así, Juanillo?

JUANILLO Porque eres en la mina el encargado de

repartir todos los reveses de cuello vuelto. (Los mineros se ríen.)

CHAVAL (Con intención, mirando siempre a Esteban.) Pues mira, me parece que voy a ejercer muy pronto las funciones de mi ministerio.

ESTEBAN (Sereno.) Cuando gustes. Verás que no tengo tampoco la mano muy ligera.

CHAVAL (Acercándose a Catalina.) Pero, ¿no te he dicho que no me gusta verte al lado de ningún hombre?

ESTEBAN ¿Es tu amante?

CATALINA No.

ESTEBAN ¡Pues entonces!...

CHAVAL ¿Encontráis bien, compañeros, que así de buenas a primeras se admita a nuestro lado a un desconocido?

VARIOS ¡No, no!

BELISARIO ¿Qué estáis ahí murmurando, conchos?

CHAVAL Que no es lícito que vengan extraños a comerse el pan de nuestras mujeres..

MINE. 1 Tiene razón.

MINE. 2 Dice muy bien.

CHAVAL ¡Afuera el intruso!

VARIOS ¡Afuera!

BELISARIO ¡A callarse todos! Quien manda, manda. ¡conchos! Y al que no le guste, que se vaya. Pero, ¿qué hacemos aquí? ¿Tienen valor de hacernos tiritar de esta suerte?

RICHOM. (Saliendo de la lampistería.) ¡Ojo, Belisario, que las paredes oyen! Tiene que hacerse la maniobra. Ya puedes ir embarcando con tu gente.

ESTEBAN (A Catalina, asomándose a la boca de la mina.) ¿Y es eso muy profundo?

CATALINA Unos seiscientos metros.

ESTEBAN De modo que si el cable se rompiese...

JUANILLO ¡Ah! Entonces no quedaba ni una rata.

BELISARIO ¡A embarcar! ¡Ya era hora, conchos! (Juanillo se pone a silbar la Marsellesa.)

MUTACIÓN

CUADRO II

EN EL INFIERNO

Filón de la mina en que trabajan Belisario y su cuadrilla.

ESCENA PRIMERA

BELISARIO, ESTEBAN, CATALINA, LA LORENZA, JUANILLO y cinco o seis mineros que forman parte de la cuadrilla de Belisario, por la izquierda.

CATALINA (Que entra al lado de Esteban, que en su rostro y movimientos debe demostrar la terrible fatiga que lo domina.) ¡Valor, Esteban!

ESTEBAN No puedo más, Catalina. Sangran mis pies; terrible vértigo me nubla la vista; mis músculos doloridos se niegan al menor esfuerzo... Sostenme, Catalina; pues me parece que voy a rodar de pronto por el suelo como herido por un rayo.

CHAVAL (Saliendo de pronto por la derecha.) ¿Ya estáis ahí? Ya era tiempo. No parece sino que os burlais de la gente. Soy el que vive más lejos de la mina y, sin embargo, hace ya media hora que estoy aquí.

ESTEBAN No nos faltaba ahora más que este bruto.

CHAVAL (Reparando en el estado lastimoso de Esteban.) Pero calle, ahora me explico el motivo. ¡Ese zángano tiene la culpa! Pues mira, como nos estropees el trabajo, te echo por el ojo de una galería. (Esteban va a contestarle, da unos pasos hacia Chaval, pero vacila y hubiera rodado al suelo a no ser por Catalina que lo recoge en sus brazos.)

BELISARIO ¡Conchos! Ya empezamos.

CATALINA (De rodillas y sosteniendo en ellas la cabeza de Esteban.) Padre... ¡padre...

JUANILLO No te apures, chiquilla. Será un ataque de asfixia.

LORENZA Es que hoy hay grisú a qué quieres boca. Cómo azulean las lámparas!

BELISARIO No. Es que el pobre diablo no ha comido en casi toda una semana.

CHAVAL Os está muy bien empleado. Queréis reemplazar a nuestras muchachas con hombres, y escogéis para ello a hombres que son más débiles que las mujeres. ¿No véis que eso es una damita?

CATALINA ¡Qué pálido está! Y ¡qué guapo es!

JUANILLO A ver, Catalinilla. Saca tu frasco de café. (Se lo aplica a los labios pretendiendo hacerle beber.)

BELISARIO Dadle mejor aguardiente.

CHAVAL ¿Aguardiente?... ¿A eso?... Mejor sería agua de colonia.

ESCENA II

BELISARIO, ESTEBAN, CATALINA, JUANILLO, LA LORENZA, CHAVAL, Grupo de mineros, PABLO NEGREL, el CAPATAZ MAYOR y SEÑOR RICHOMME por la derecha. Ambos con sus correspondientes linternas.

PABLO (Alumbrando con su linterna el rostro de Esteban.) ¿Quién es?

RICHOM. El hombre que admitimos esta mañana.

PABLO Ya sabes que no me gustan advenedizos. ¡Que no se repita!

CHAVAL Y que es un mandria para el trabajo.

BELISARIO Hoy es el primer día. Mañana lo hará mejor.

PABLO Pero, ¿qué hacéis ahí como unos babiecas? Sacadle al aire libre o sino este hombre va a morirse ahí como un pájaro. (Van a llevárselo. Esteban lanza un suspiro.)

CATALINA (Muy gozosa.) Ya vuelve en sí.

ESTEBAN (Abriendo los ojos.) ¿En dónde estoy? ¡Ah! sí... la mina... Perdí el sentido.

JUANILLO (Tendiéndole un frasco de aguardiente.) Bebed, amigo.

ESTEBAN (Bebiendo un trago.) ¡Gracias! Ya me siento bien. (Poniéndose de pie.) Esto no ha sido nada. ¡A continuar, camaradas!

CATALINA ¡Buen susto me diste!

PABLO (Que ha estado examinando con el señor Richomme el andamiaje que sostiene las excavaciones hechas en la roca.) Oye, Belisario, ¿te has propuesto tú tomarle el pelo a la gente?

BELISARIO ¿Yo? ¿Por qué me dice usted eso, señor Negrel?

PABLO Porque el día menos pensado vais a quedaros aquí, bajo tierra.

BELISARIO No tenga usted cuidado. Está fuerte.

PABLO ¿Cómo fuerte? A vosotros, por lo visto, os entra por un oído y os sale por otro todo lo que se os manda. Pero, ¿no ves que la roca está ya agrietada y que no habéis puesto estacas suficientes? Sois todos iguales. Os dejaríais romper la crisma antes que abandonar el filón. (Suenan murmullos de descontento.)

BELISARIO (Entre dientes.) ¡Conchos! Si no hay paciencia...

PABLO Ahora mismo me vas a hacer eso. Y sin replicar.

CHAVAL Pero...

BELISARIO Señor Negrel...

CHAVAL ¿Quién va a querer su pellejo más que uno mismo?

PABLO ¡Pero voto a todos los santos de la corte celestial! Cuando os hayáis estampado los sesos, ¿quién va a pagar los vidrios rotos? La compañía será la que tenga que señalaros pensiones a vosotros y a vuestras familias.

BELISARIO Si nos pagaran como Dios manda, afianzaríamos mejor.

PABLO A trabajar. Y os advierto que la cuadrilla tiene tres francos de multa. (Se oyen nuevos murmullos de desaprobación. Pablo Negrel y el señor Richomme salen por la izquierda.)

ESCENA III

Dichos, menos PABLO NEGREL y el SEÑOR RICHOMME.

CHAVAL ¿Qué hacemos Belisario?

BELISARIO No mover ni una estaca. Si se hunde, que se hunda. Mejor, así dejaremos de penar.

ESTEBAN ¡Ah! sí, es verdad; Catalina, me voy. Vale más reventar de hambre en la cuneta de un camino que sufrir en este infierno por un sueldo irrisorio que no sirve ni para cubrir las necesidades más perentorias de un hombre. Catalina, siento una ansia ardiente de sol y de aire libre. ¡Este ambiente me sofoca, estas tinieblas me enloquecen!

CATALINA (Con tristeza.) ¿Te quieres ir? ¡Ah! ¿Por qué has venido?

ESCENA IV

Dichos, PABLO NEGREL y el SEÑOR RICHOMME por la izquierda.

PABLO (Al señor Richomme.) ¿Lo ves? Me lo figuraba. Cuando te digo que se están burlando de uno... (A Belisario.) ¡Rayos y truenos! ¿No sirves aquí para nada?

BELISARIO Es que...

PABLO Sí, ya sé lo que vas a decirme. Que se os pague mejor, ¿no es eso? Pues te advierto que vais a obligar a la Compañía a hacer una cosa: a pagaros el afianzamiento aparte y reducir proporcionalmente el precio de la carretilla. Richomme, vigila para que se cumplan mis órdenes. (Se va por la izquierda.)

RICHOM. (Brutalmente.) Todos los días he de sufrir una reprimenda por vosotros. Pues a fe que no serán tres francos de multa los que yo os imponga. Tened mucho ojo

conmigo. Y tú, Belisario, ya sabes, lo que te toca. (Se va por la izquierda.)

BELISARIO ¡Ah! no, lo que no es justo no es justo. Estos canallas acaban por ponerle a uno como un perro rabioso. Será preciso defenderse ¡conchos!

CHAVAL ¡Pues claro!

ESTEBAN (Para sí.) Sí, sí, tienen razón.

CHAVAL Pero, ¿cómo? ¡Ah! si hubiese en la mina una cabeza...

BELISARIO ¿Aún quieren pagarnos menos? ¡Disminuir el precio de la carretilla!

CHAVAL (Provocando siempre a Esteban.) ¡Claro! Cogen para trabajar a gandules que se sirven de sus remos como un cerdo puede servirse de sus patas. (Movimiento de ira en Esteban. Catalina le contiene.)

CATALINA No le hagas caso, Esteban. No seas tonto. ¿No ves que tiene ganas de disputa?

CHAVAL (Yendo a interponerse bruscamente entre Catalina y Esteban.) ¡Te prohibo que hables a esa mujer!

ESTEBAN ¿A mí? ¡Imbécil!

CHAVAL A ti.

ESTEBAN ¡Eso lo veremos!

CHAVAL Y pronto.

BELISARIO ¿Aún tenéis humor de disputaros por mujeres, cuando nos quitan el poco pan que podemos llevarnos a la boca? ¡Ea, basta! Y a afianzar. No nos queda otro remedio.

CATALINA Esteban, ¿te vas por fin?

ESTEBAN (Mirando a Chaval con gesto de desafío.) No, ya no me voy, Catalina. Por ti y por todos. Quiero sufrir a vuestro lado; luchar por vosotros.

CATALINA (Estrechándole efusivamente la mano.) ¡Gracias, Esteban!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO III

EL HUNDIMIENTO

Sala pobre en casa de la Nicanora. Puerta al foro. En el centro del testero derecho de la estancia, un chinero de pino pintado. Mesa de pino y sillas de la misma madera. A la izquierda, primer término, una puertecilla con escalera, que conduce a los altos.

ESCENA PRIMERA

La NICANORA sentada en una silla baja, cosiendo, con un niño de pecho en el regazo. ADELA, de pie, ante el chinero.

ADELA — Madre, el chinero está vacío. No hay siquiera ni un triste pedazo de pan.

NICANORA — Pues, mira, nos pasaremos como otras veces, con col hervida nada más.

ADELA — Pero tú no puedes pasarlo así. Estrella mama sin parar. Y el pobre padre que trabaja tanto...

NICANORA — ¡Qué quires, hija mía! Entre todos no me traéis más que diez pesetas. ¡Cómo quieres que dé abasto para todo, con esa miseria! Somos seis bocas en la casa.

ADELA — ¿Y el franco de Esteban, que ahora vive con nosotros?

NICANORA — Tú no cuentas con los domingos, ni con los días en que no hay trabajo.

ADELA Sí, madre, tienes razón.

NICANORA Y que con el franco de Esteban no hay que contar, pues desde que atrapó las fiebres en la mina, más bien está a cargo nuestro, que nos beneficia.

ADELA ¿No te dijeron las señoras de la Villa-Cecilia que hoy vendrían a verte?

NICANORA Sí, ayer tarde, que fué cuando me las encontré. Iban repartiendo vestidos a los niños pobres. Si hoy, al menos, me diesen algún dinero...

ADELA ¡Qué bien nos vendría!

NICANORA Mira, Adelita, no se adelanta nada charlando. A ver como te las compones para que, al menos, tengamos sopa. (La Nicanora se adormece y empieza a dar cabezadas.)

ADELA Madre, te duermes. No vayas a tirar a Estrella.

NICANORA Lleva una, una vida tan perra, que se dormiría en la punta de un chuzo.

ADELA Madre, como Dios no haga un milagro, no sé con qué voy a hacer la sopa.

NICANORA ¿Por qué no te llegas a la tienda a ver si nos quieren fiar dos panes?

ADELA Ya estuve esta mañana.

NICANORA ¿Y qué?

ADELA Que por poco me pegan.

NICANORA ¡Claro! les debemos una porrada de francos... Es un atraso que data de algunos meses y hasta ahora no hemos podido ponernos al corriente. ¡Ay! los atrasos son como las cuentas de un rosario, que se van engarzando unas con otras...

ADELA ¿Qué hacemos?

NICANORA No lo sé. ¡Y que cuando vuelvan los hombres de la mina, hay que darles de comer a todo trance!

ADELA Estamos frescas.

NICANORA Pues ¡digo cuando se levante el abuelo, que lo primero que pide es la sopa!...

ADELA Ya baja. Le oigo toser.

ESCENA II

La NICANORA, ADELA y BUENA MUERTE, que baja por la escalera de la izquierda con su pipa en la mano.

BUENA (Yéndose a sentar en la mesa.) ¡Buenos días! La sopa.

NICANORA (A Adela.) En cuanto abre los ojos, abre el buche, como los pájaros. Dios la diera, abuelo. No hay de qué...

BUENA (Con filosófica resignación.) Fumaremos.

ADELA Pues, madre, piensa lo que hay que hacer, porque el tiempo pasa.

NICANORA Como no quieras que me vuelva yo dinero... Cuando pienso que quieren dejar al abuelo sin trabajo... Abuelo, ¿no es cierto que el médico de la Compañía se engaña, que aun puede usted trabajar?

BUENA ¿Quién lo duda? Las piernas nada tienen que ver. ¡Cuentos que inventan para no tener que darme una pensión!

NICANORA ¡Dios mío! Pronto acabaremos, si esto continúa.

BUENA Cuando uno está muerto no tiene hambre.

ADELA (Que ha salido a la puerta para tirar algo.) Madre, las señoras de la Villa-Cecilia vienen a vernos.

NICANORA (Poniéndose de pie, muy gozosa.) ¡Dios nos las envía!

ESCENA III

La NICANORA, ADELA, BUENA MUERTE, DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y CECILIA, por la puerta del foro. Las dos mujeres llevan paquetes en las manos.

NICANORA (Precipitándose a su encuentro.) ¡Oh! señoras... Tanto bueno por mi casa... Siéntense ustedes. Adela, sillas para los señores. (Se sientan todos.)

ROSALÍA (Por Adela.) Vamos, que ya tiene usted aquí una mujercita. ¡Qué ama de casa tan graciosa!

NICANORA Sí, me sirve de mucho. Es activa y muy servicial.

TOMÁS No es poca suerte.

ROSALÍA (Entregándole a Nicanora sus paquetes y los de Cecilia, que toma de sus manos.) Aquí les traemos a ustedes dos trajecitos de lana y otras frioleras.

NICANORA ¡Oh, gracias! Dios se lo pague a ustedes. Son ustedes muy buenos. (De seguro que me dan unos cuantos sueldos.)

ROSALÍA ¿No tiene más que estos dos, Nicanora?

NICANORA Y otros cinco que andan en la mina.

TOMÁS ¡Siete hijos! Pero ¿por qué?

ROSALÍA ¡Claro!

TOMÁS Es imprudente.

NICANORA ¿Qué quiere usted, señora, una no tiene cuidado y los chicos vienen como los hongos. Pero a bien que nunca estorban. Acaban siempre por traer un pan a la casa. Sin embargo, hay épocas bien duras.

TOMÁS Todo no marcha en este mundo como Dios manda, buena mujer, pero tampoco puede negarse que los obreros carecen casi siempre de previsión. Así, que en vez de ahorrar como suelen hacer nuestros hombres del campo, los mineros beben, contraen deudas y acaban por no poder alimentar a su familia.

NICANORA El señor tiene razón. No siempre se porta uno como es debido. Es lo que yo les digo siempre a esos pícaros cuando se quejan. Yo no he tenido desgracia. Mi marido no bebe. Los domingos toma su copita de más, pero de ahí no pasa. Esto no quita para que una tenga días—por ejemplo, el de hoy—que por más que una registre ni desenvuelva los repliegues de

su bolsillo, no sale ni un mal sueldo por ninguna parte.

ROSALÍA Lo que decía mi marido... La falta de previsión... el vicio...

NICANORA ¡Ah! no, señora; es que uno no gana lo bastante. Y luego, que es preciso que se beba de cuando en cuando para barrer del estómago el polvo del carbón.

TOMÁS ¡Mal hecho!

NICANORA ¿Qué quiere usted? De todos modos estamos tan atrasados... Hoy, ya se lo he dicho a ustedes, aunque me cortaran en pedazos no me sacarían ni un céntimo. No tengo nada, absolutamente nada. (Silencio egoísta de don Tomás y doña Rosalía.) ¡Oh! no me quejo de vicio. Las cosas hay que tomarlas tal como vienen... Así como así no vamos a cambiar la marcha del mundo. Lo mejor es—¿no es verdad, señoritos?—portarse honradamente y contentarse con el puesto que Dios le ha dado a uno en la tierra.

TOMÁS ¡Muy bien, Nicanora! Con tales sentimientos se es superior al infortunio.

NICANORA Si los señoritos... quisieran...

TOMÁS (Levantándose.) No podemos. No acostumbramos a dar dinero. ¡Quédate con Dios, Nicanora! Con eso tus hijos no tendrán frío. (Por los paquetes que les han dejado.)

NICANORA (Acompañándolos hasta la puerta.) ¡Gracias! ¡Gracias, señoritos! Son ustedes muy buenos. (¡Tacaños, roñosos! Lástima de palique...) (Doña Rosalía, Cecilia y don Tomás se van por la puerta del foro.)

ESCENA IV

Dichos, menos DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y CECILIA. La ROSA y la LORENZA por el foro, pocos momentos después de haber salido aquellos.

LORENZA ¡Quéjate, Nicanora! ¡Vaya unas visitas que tienes!

ROSA (Fijándose en los paquetes.) Y productivas, por lo visto.

NICANORA Miseria y compañía. Mucho trapo, pero ni la sombra de un sueldo.

LORENZA Con eso creen que nos engañan esos señores accionistas que se engullen millones como si fuesen agua, mientras nuestros hombres se los ganan en la mina para morirse después de hambre.

ROSA Pues ¿y la vida que se dan?

LORENZA Sí, la Julia, su doncella, nos ha dicho que se dan todos los gustos.

ROSA Y que todo les parece poco para la señorita.

LORENZA Sienten adoración por ella.

ROSA Tiene dos caballos... coches. Los trajes le vienen de París.

LORENZA Quisieran ponerla en un altar.

NICANORA En cambio, las nuestras, tienen que trabajar como unas arrastradas.

ADELA Madre, los hombres van a venir y no hay nada todavía.

NICANORA (Tomando los paquetes que le han dado los señores de la Villa Cecilia.) Toma, corre; lleva a empeñar esto. ¡Ah! y tráete patatas y todo lo que te haga falta. Sobre todo el café. ¡Que no se te olvide el café!

LORENZA ¡Chica! te tratas como una burguesa.

ROSA Todo está por las nubes.

LORENZA Hoy he pagado los huevos a veinte.

ROSA Es preciso que esto truene.

NICANORA ¡Dios mío! ¿Por qué han de tener los unos tanto, y los otros tan poco?

ESCENA V

Dichos y ESTEBAN, que baja por la escalera de la izquierda, a tiempo de oir las últimas palabras que pronuncia la Nicanora. Poco después BUENA MUERTE, que entra por la puerta del foro, fumando siempre en su pipa y silencioso, va a sentarse a la mesa que hay en la estancia.

ESTEBAN — Es lo que yo me digo. ¿Por qué tanta miseria para unos, para qué tanta riqueza para otros? ¿Por qué han de sufrir los más el yugo irritante de los menos? ¿No sería mejor la igualdad de todos los hombres, una justa partición de todos los bienes de la tierra?

LORENZA — (Oyéndole extasiada.) Pero ¡qué bien habla!

ROSA — Y ¡cuánta razón tiene!

ESTEBAN — Trabajamos como verdaderos brutos en una faena terrible, que en otros tiempos era el castigo de los presidiarios. Nos jugamos la vida a cada momento. Y todo ¿para qué? Para que al cabo no podamos tener carne en nuestra mesa.

NICANORA — Lo triste es, Esteban, cuando uno se dice que la cosa no tiene remedio; cuando uno es joven, uno se figura que la dicha nos sonríe a pocos pasos. Se espera siempre un suceso imprevisto que ha de traérnosla consigo. Y luego, nada. Vuelve a comenzar la miseria; es una cárcel de la que uno no puede salir. Yo no quiero mal a nadie, pero hay veces que tanta injusticia me subleva.

BUENA — ¡Bah! En mis tiempos no se devanaba uno los sesos así. Se nacía en el carbón y se moría en el carbón sin decir oste ni moste. Pero lo que es ahora sopla un viento de rebelión que nos viene no sé de dónde y que nos llena la chola de deseos imposibles. Los jefes son casi siempre unos canallas; pero serán siempre

jefes, ¿no es cierto? ¿Para qué dar coces contra el aguijón?

ESTEBAN Si se puede tomar el puesto del vecino, ¿por qué no intentarlo siendo el más fuerte?

NICANORA En cuanto uno se mueve le entregan su libreta. El abuelo tiene razón. Siempre será el minero el que pague el pato, sin que la perspectiva de un pedazo de carne le sonría de cuando en cuando. (En este momento entra Adela por el foro con lo que ha traído de la tienda, y se pone a mondar patatas delante del chinero.) Si al menos existiera ese cielo de que nos hablan los curas...

BUENA. Lo único cierto es que estamos fastidiados, bien fastidiados.

ESTEBAN (Exaltándose por grados.) ¿Es que tenéis vosotros necesidad de un Dios y del paraíso que os promete para ser dichosos? ¿No podéis vosotros mismos, con el sudor de vuestra frente, con el esfuerzo de vuestras manos, con el poder omnímodo de vuestra voluntad, labraros vuestra dicha en la tierra? ¿No véis que el horizonte se ilumina con un nuevo trazo de luz que viene a iluminar de repente vuestro rudo calvario de mineros? ¿Pues qué, vais a contentaros siempre con la incesante renovación de vuestra miseria, con este degradante trabajo de brutos, con este triste destino de rebaño que da su lana para que le degüellen? ¡No! Ya veo surgir de entre los escombros de este mundo podrido que se derrumba, a una humanidad nueva que ha purgado ya sus crímenes, a un pueblo de trabajadores que ostenta por divisa: a cada cual según sus méritos, y a cada mérito según sus obras. (Todos le escuchan como embelesados.)

NICANORA (Como volviendo de un sueño.) No, no puede ser. Son sueños nada más. No debe uno de pensar en eso, porque luego la vida se

hace abominable y le entran a uno ganas de aniquilarlo todo para ser dichoso.

BUENA — No le hagas caso, Nicanora. ¿Pues qué, los burgueses habían de consentir nunca en trabajar como nosotros?

ESTEBAN — ¿Y la justicia, Nicanora? ¿No crees en la justicia?

NICANORA — ¡Ah, en eso sí! Cuando tengo razón me haría matar.

BUENA — (Pegando un puñetazo en la mesa.) ¡Rayos y truenos! No soy rico, pero daría un franco para no morirme antes de haberlo visto. (Con ironía.) ¿Y tardará esto mucho?

ESTEBAN — Eso depende de nosotros.

ADELA — Oye, eso de que nos hablas será como una casa muy bonita y muy caliente en donde los niños pueden jugar todo lo que quieran. (En este momento se oye como el estampido lejano de un trueno. Todos los personajes se quedan helados de espanto.)

NICANORA — (Levantándose, llena de terror.) Eso ha sido en la mina. ¡Dios mío! Adela, toma a la niña. (Se la entrega y se dispone a salir por la puerta del foro.)

BUENA — ¡Un hundimiento!

LORENZA — ¡Virgen bendita! Y los hombres aún no han salido.

NICANORA — ¿Qué nueva desgracia nos amenaza?... Corramos.

ESCENA VI

Dichos. Grupo de mujeres que invaden la escena. Algunas se quedan fuera del umbral de la puerta.

MUJER 1 — (A Nicanora.) ¿Oíste?

NICANORA — ¡Pues no...!

MUJER 2 — Estamos perdidas.

MUJER 3 — Nos matan los hombres.

MUJER 1 — Por un mendrugo de pan.

MUJER 2 — Para que nos muramos de hambre.

MUJER 3 Es inicuo.
MUJER 1 Brutal.
MUJER 2 No debe tolerarse.
MUJER 3 No, no queremos pan amasado con sangre.
NICANORA Pero ¿qué hacemos así? Corramos. Yo aquí acabaría por volverme loca. (Va a salir por segunda vez.)

ESCENA VII

Dichos, CATALINA, por el foro, a todo correr. Todas se apartan para abrirle paso. Trae el dolor y el espanto retratados en el semblante. La Nicanora, casi en el umbral de la puerta, retrocede horrorizada al verla.

NICANORA ¿Qué?... ¿Qué?...
CATALINA ¡Madre, madre!
NICANORA ¡Habla! ¿Tu padre? ¿Muerto?
CATALINA No, no.
NICANORA Pues ¿quién? ¡Habla!
CATALINA (Prorrumpiendo en amargo sollozo.) ¡Juanillo!... ¡Juanillo!...
NICANORA (Cayendo en una silla y poniéndose a llorar también.) ¡Dios mío! Y para esto hemos nacido...
ADELA ¡Madre, madrecita de mi alma, yo también me quiero morir!
ESTEBAN Calma. Sepamos primero lo que es.
BUENA (Pegando otro puñetazo sobre la mesa y poniéndose de pie.) ¡Calma! ¡Rayos y centellas que los partan a todos!
MUJER 1 (Desde el umbral.) Ya los traen.
MUJER 2 Son varios.
MUJER 3 (A la Mujer 1.ª) Uno de ellos es Roberto. ¡Tu marido!
MUJER 1 (Saliendo del grupo que está en la sala y echando a correr como loca, por la puerta del foro.) ¡Mi marido! ¡Infames! ¡Canallas! ¡Asesinos!

ESCENA VIII

Dichos, menos la MUJER 1.ª y un grupo pequeño de ellas, que sale en su seguimiento. Queda en escena otro grupo bastante numeroso. Dos mineros, que traen, en una camilla, el cuerpo exánime de JUANILLO. Detrás, BELISARIO, CHAVAL, grupo de mineros y el DOCTOR MOREL poco después.

BELISARIO ¡Rayos y truenos! ¡Rayos y truenos!

NICANORA ¿Muerto?

BELISARIO Las dos piernas rotas.

NICANORA ¿Nos lisian a los chicos? ¿Qué quieren que haga yo ahora con él?

DOCTOR (Entrando por el foro.) ¡Cállate! ¿Hubieras preferido que te lo trajeran muerto? (Se arrodilla delante de Juanillo, que está envuelto en una manta, y comienza a examinarlo. Todos le rodean ansiosamente.)

NICANORA ¡Ah! suerte cochina, ¿cuándo te cansarás de perseguirme? Dígame usted, Doctor, ¿y de dónde saco yo ahora el dinero para alimentar lisiados? El abuelo ya no nos sirve, y ahora el chico pierde las dos piernas. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

BELISARIO ¡Rayos y truenos! ¡Rayos y truenos!

MUJER 1 (Afuera.) ¡Canallas! ¡Infames! ¡Asesinos!

JUANILLO (Abriendo los ojos.) ¡Madre! Tengo sed. Dame agua.

NICANORA (Echándose desolada encima de su hijo.) ¡Juanillo! ¡Juanillo de mi alma! (Se oye un fuerte sollozo de Buena Muerte. Todos los personajes se muestran hondamente conmovidos. Algunas mujeres lloran.)

DOCTOR ¿Por qué lloráis? ¿No veis que no está muerto? Mejor hiciérais en ayudarme. A ver, a su cuarto. Subidlo. Traedme, también, un balde de agua. (Dos mineros sacan a Juanillo de la camilla, envuelto en la manta y lo suben por la escalera de la izquierda.)

BELISARIO ¡Rayos y truenos! ¡Rayos y truenos!

BUENA ¿Qué aguardas, Esteban?

ESTEBAN (Como saliendo de un ensueño doloroso.) ¡Oh, qué cosa tan triste! Si me parece mentira. Y todavía estas mujeres extenuadas de fatiga, mordidas fieramente por el hambre, tienen el bárbaro valor de procrear hijos, carne no más de trabajo, carne de sufrimiento. ¡No, jamás se ha de acabar esto! ¡Jamás se romperán los eslabones de esta triste cadena de desheredados! ¿No valía más que se negaran obtinadamente al hombre, como a la proximidad de la desdicha?

BELISARIO ¡Rayos y truenos! Esto es ya un degolladero.

CHAVAL No te apures, Belisario. Hemos de ser los amos algún día.

BUENA A costa de sangre.

BELISARIO ¿Sangre? ¡La tierra tiene sed!

MINE. I ¿Los amos? ¡Maldita sea! Mucho tarda.

CHAVAL Lo que es yo, por la justicia lo daría todo, el vino y las mujeres. ¡No sabes como me enciende la sangre la idea de que vamos a barrer a los burgueses!

ESTEBAN (Mirándolos a todos. Con decisión valerosa.) ¡Ah, sí... ya es tiempo!...

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO IV

EN «EL FILON DE ORO»

Interior de «El filón de oro», taberna de Francisco, en la única calle del barrio de obreros de Montsou. La sala está enjabelgada de blanco, con dos mesas de pino, bastante grandes, y sus correspondientes bancos alrededor. En el fondo, a la izquierda, el mostrador, sobre el que se ven unas cuantas docenas de vasos alineados en correcta formación y varias botellas de agua. Detrás, un armario lleno de botellas de licor. Sobre el mostrador se ve también un depósito de zinc con su espita de estaño, para la cerveza. La única puerta está a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

DEMETRIO, sentado a una de las mesas de la derecha, fumando y con varios periódicos y folletos anarquistas ante sí. Durante todo el acto no hace más que apurar cigarrillos, unos tras otros. En las demás mesas se ven algunos parroquianos, campesinos, vendedores ambulantes, etc., etc. Tras del mostrador, FRANCISCO, el tabernero, que no quita la mirada de Demetrio, por quien se advierte en todo que siente una admiración profunda. ESTEBAN entra en cuanto se alza el telón y va a sentarse en seguida al lado de Demetrio.

ESTEBAN Francisco, cerveza. (Este se la sirve.) ¡Hola, Demetrio!

DEMETRIO ¿Qué tal, Esteban?

ESTEBAN (En son de broma.) Anoche te ví con una mujer.

DEMETRIO ¿A mí? Te equivocas. La mujer no es para mí más que un amigo, un compañe-

ro cuando es fraternal y valiente como un hombre. ¿Para qué exponerse a una cobardía posible? Ni amigo, ni mujer. No quiero ningún yugo. Así puedo disponer libremente de mi sangre y de la sangre de los otros.

ESTEBAN Sin embargo...

DEMETRIO Nada; no quiero nada, ni parientes, ni amigos, ni mujer que haga temblar la mano el día que haya uno de dar su vida o la vida de los otros.

ESTEBAN ¿Pero sigues abrigando en tu cabeza esas ideas terribles?

DEMETRIO Pues qué ¿soy acaso yo un visionario como vosotros? ¿Por ventura tengo yo fe en las fuerzas naturales? Nada de política, nada de conspiración ¿no es cierto? Luchar a la luz del día sin más objetivo que el alza de los salarios. ¡Maravillosa vuestra evolución! Pero, ¿a qué esperáis, imbéciles? ¡Prended fuego a las ciudades! ¡Diezmad los pueblos! ¡Aniquiladlo todo!, y cuando no quede nada de este mundo podrido, puede que de sus cenizas salga otro mundo mejor.

ESTEBAN Eso, sencillamente, me parece una barbaridad.

DEMETRIO Oid bien lo que os digo. Es preciso destruirlo todo, o el hambre retoñaría de nuevo. Sí, la anarquía, nada más que la anarquía. La madre tierra lavada por la sangre y purificada por el incendio. Ya veremos luego.

ESCENA II

Dichos, CATALINA, con un traje de lana azul obscuro. Va a sentarse al lado de Esteban. Demetrio, al verla, no la saluda, adopta una actitud fría y reservada y acaba por enfrascarse, al parecer, en la lectura de uno de sus periódicos.

ESTEBAN ¡Hola, Catalina! ¿Tomas algo?

CATALINA Cerveza. (Francisco se la sirve.)

ESTEBAN ¿Qué hay?

CATALINA Que nos rebajan de nuevo el jornal.

FRANCIS. ¡Ah! pues entonces están perdidos. (Van entrando grupos de mineros, que así que llegan se sientan a las mesas. Francisco les va sirviendo a todos cerveza.).

MINE. 1 ¿No sabéis, camaradas? Dicen que la compañía va a suspender la extracción en todas sus minas.

ESTEBAN ¿Y eso?

MINE. 1 Porque a duras penas puede pagar nuestros jornales.

ESTEBAN Entonces esa gente tiene la intención, por lo visto, de hacernos estar con los brazos cruzados todo el tiempo que a ella se le antoje.

MINE. 2 No, todo el tiempo que a ella le convenga.

DEMETRIO ¡Claro! No quiere aumentar el número de existencias almacenadas, que es ya considerable.

MINE. 1 Y luego nos acribillan a multas.

MINE. 2 ¿Pues y el anuncio que han puesto en el despacho del cajero?

ESTEBAN ¿Qué dice?

MINE. 1 Que desde hoy en adelante se pagará aparte el afianzamiento, teniendo en cuenta para la cotización la buena labor que en ello se emplee.

MINE. 2 Y nos rebajan el precio de la carretilla en una proporción de cincuenta a cuarenta.

MINE. 1 ¡Ira de Dios! (Crispando los puños.)

MINE. 2 ¡Canallas! ¡Cómo abusan de su poder! Y de que tienen dinero.

MINE. 1 Pero eso es burlarse de nosotros.

MINE. 2 Nos roban quince céntimos.

MINE. 1 Economizan con nuestro sudor.

MINE. 2 No tenemos vergüenza si lo toleramos.

ESTEBAN (A Demetrio.) ¿Qué te parece?

DEMETRIO Era fácil de prever. Quieren agotar vuestra paciencia.

ESTEBAN ¿Y si fuésemos a la huelga?

DEMETRIO ¡Majaderías!

MINE. 1 ¡No lo creas!. No dejaríamos de fastidiar a la compañía.

ESTEBAN Pues es fácil que tengamos que resolvernos. ¡Si nos obligan a ello!

DEMETRIO No os digo que sí... Tampoco os digo que no. Lo malo es que a ese paso se necesitan mil años para renovar el mundo. Pero ¡voto a Satanás! ¿Cuándo dejaréis de andaros por las ramas? Echad a un lado escrúpulos de monja, y volad de una vez ese presidio donde vais a dejar todos vuestros huesos. (Se eleva de entre todos los mineros un murmullo de aprobación.)

ESCENA III

Dichos, CHAVAL, que entra y va a sentarse a una de las mesas opuesta a la en que se halla Esteban.

CHAVAL (Sin cesar de mirar, hasta que estalla su disputa con Esteban, al grupo íntimo y cariñoso que éste forma con Catalina. Todas las palabras las pronuncia con la evidente intención de dirigirse a Esteban.) ¿Habláis de una huelga? ¿Para que tengamos luego que comernos nuestra lengua cuando tengamos hambre? No; la huelga es una cosa estúpida.

MINE. 1 ¿Con qué canción nos viene este ahora?

CHAVAL ¿Pues qué no sabéis todos que yo me burlo de vuestras ideas? ¡Valientes pamplinas! Me río de ellas también. ¿Sabéis lo que yo únicamente deseo Pues que se trate mejor al minero. Yo, que hace veinte años que trabajo en la mina, que la he regado toda con mi sudor de miseria y de fatiga, os digo que no conseguiréis nada con todos esos cuentos de las mil y una noches con que os halagan los oídos. Cuando el hambre os obligue a volver a

bajar a la mina, la compañía os tratará aun peor que antes y os castigará lo mismo que a un perro que se ha escapado y vuelve a la casa. He aquí lo que yo vengo a impedir.

MINE. 2 ¡Ira de Dios! No tiene sangre en las venas.

CHAVAL Pero ¿no es estúpido el creer que se puede de golpe y porrazo cambiar la faz del universo poniendo al obrero en el sitio del patrón, partiendo el dinero como se parte una manzana?

MINE. 1 Se ha vendido a los burgueses.

MINE. 2 Lo manda la Dirección.

MINE. 1 ¿Cuánto te ha valido tu traición, Judas?

MINE. 2 Echadle de aquí.

ESTEBAN No; dejadle que hable. Cada cual debe ser libre de exponer sus ideas.

MINE. 1 Pero ¿qué diablos te pasa? ¿No decías tú mismo que esto tenía que tronar?

CHAVAL Sí, lo he dicho, y si truena veréis que no soy cobarde y que no me quedo atrás. Pero de esto a hacerle el caldo gordo a aventureros intrigantes que remueven nuestras pasiones para sacar de ellas partido, hay un mundo de distancia. (Fijando en Esteban una intensa mirada.)

ESTEBAN Eso lo dices por mí, según veo. ¿Estás celoso?

CHAVAL ¿Celoso? ¿De qué? Yo no me las echo de gran hombre, ni aspiro a pescar la jefatura de nuestros compañeros descontentos.

ESTEBAN Te compadezco.

CHAVAL Sé franco. Tú lo que quieres es echártela de caballero, viviendo como un marqués, a expensas nuestras. (Esteban se pone de pie en actitud amenazadora.)

CATALINA (Haciendo lo mismo.) ¡Por Dios, Esteban! No le hagas caso. ¿No ves que te provoca?

ESTEBAN ¡Déjame, Catalina! ¡Si no hay paciencia!... (Vuelve a sentarse.)

CHAVAL Le ha dado por vestirse como un señorito. Mirad sus botas... De charol nada menos... Mirad su traje... Mirad sus manos cuán distintas de las nuestras. (Mostrando a todos sus camaradas sus manazas rudas, deformes y ennegrecidas por el carbón.) ¡Qué asco! ¡Un obrero que huele a pomada!

ESTEBAN (Levantándose de nuevo y dando un salto impetuoso hacia el Chaval.) ¡Ea! ¡Basta! ¡Se acabó!

CHAVAL (Levantándose también.) ¡Gracias a Dios, hombre! Y que no hay qué hacer poco para encenderte la sangre, ¡cochino! ¡cobarde! Ahora vas a pagar juntas todas las canalladas que has hecho. (Algunos mineros intentan interponerse entre los dos.)

MINE. 1 ¡Fuera ese polizonte!

ESTEBAN ¡Dejadnos, camaradas! Ese rufián merece su castigo.

CHAVAL (Plantándosele delante provocativo y amenazador.) ¿No he dicho ya mil veces que no quiero verte con esa mujer?

ESTEBAN ¿La quieres? ¿Te gusta? ¡Gánatela!

CATALINA (Extendiendo hacia él sus brazos, suplicante.) Esteban... ven... no le hagas caso.

FRANCIS. (Quitando los vasos de encima de las mesas.) No vayais a romper los vasos.

MINE. 1 Pero ¿vamos a dejar que dos camaradas se maten así?

DEMETRIO A ti nada te importa. Hay uno de más. El terreno quedará por el más fuerte.

MINE. 2 Este hombre es sublime.

CHAVAL (Amenazando a Esteban con el puño. Esteban y Chaval quedan en medio del escenario en actitud de luchar. Los mineros se disponen a contemplar la lucha; unos sentados y otros de pie. Demetrio sigue en su asiento, impasible, encendiendo de nuevo un cigarrillo.)

ESTEBAN No es tan fácil como te figuras. (Se ponen a luchar. Esteban boxea hábilmente, cubriéndose, según las reglas, la cara y el pecho con ambos brazos.)

CHAVAL ¡Te voy a deshacer la linda jeta que tienes para que las mujeres no vayan detrás de ti como ahora!

ESTEBAN No charles tanto, que eso es propio de mujeres, ¡fanfarrón!

CHAVAL (Dándole un fuerte puñetazo en el hombro.) ¡Toma! Para que se te bajen los humos.

ESTEBAN (Dándole uno en pleno pecho.) Y éste, ¿qué te parece? (Chaval vacila a impulsos del tremendo golpe y ahoga un rugido de dolor.)

CHAVAL (Largándole un puntapié, que Esteban esquiva hábilmente.) ¡Canalla! ¡Granuja! Te voy a sacar las tripas.

ESTEBAN ¡Ah! Eso no, bruto, o sino cojo un banco y te mato como a un perro. (Se agarra a él hasta que Chaval acaba por rodar al suelo.)

MINE. 1 Está vencido. Basta ya.

MINE. 2 Sí, basta; ¡basta!

MINE. 1 Que se vaya.

ESTEBAN (Soltándole.) Levántate. Si quieres volveremos a empezar.

MINE. 1 No.

VOCES No, no.

CHAVAL (Levantándose con trabajo y sacando del bolsillo un cuchillo que esconde debajo de la manga de su chaqueta.) Ahora me las vas a pagar, burgués disfrazado.

CATALINA (Que ha visto el cuchillo.) ¡Ten cuidado, Esteban; tiene un cuchillo!

ESTEBAN (Lanzándose sobre Chaval vivamente y arrancándoselo tras breve lucha.) ¡Vas a morir, asesino! (Blandiéndolo.)

CATALINA ¡No, Esteban, no le matés, que te pierdes!

ESTEBAN (Tirando el cuchillo lejos de sí.) Tienes razón, Catalina. (A Chaval.) ¡Vete! (Todos los mineros se levantan y forman en torno suyo un grupo amenazador.)

MINE. 1 Si das un paso hacia Esteban, te acogoto.

MINE. 2 ¡Muera el traidor!

MINE. 1 ¡Que se vaya!

CHAVAL (Escupiendo al suelo.) ¡Toma! ¡Recoge eso, burgués! Y ten mucho cuidado; tú y esa... esa mujer, porque como Chaval me llamo, os habéis de acordar de mí... (Sale dando un portazo tras sí. Esteban y Catalina vuelven a sentarse en sus sitios. Los demás mineros hacen lo mismo.)

ESCENA IV

Dichos, la NICANORA, con Estrella en brazos; la LORENZA y la ROSA. Otro grupo de mineros poco después.

NICANORA ¿Mi marido no está con vosotros?

MINE. 1 No. No ha venido.

NICANORA Le esperaré. (Se sienta. A su lado la Lorenza y la Rosa.)

LORENZA ¡Pardiez! No se divierte una tan amenudo.

NICANORA (A Francisco, que ha ido a ver lo que querían.) ¡Café!

LORENZA Lo mismo.

ROSA Y yo. ¡Qué bien se está aquí hoy!

LORENZA ¡Qué animación!

ROSA Cómo se conoce que es día de pago.

MINE. 2 Ya véis como al cabo han hecho esa canallada.

MINE. 1 ¡Ira de Dios! (Se siente fermentar en todos ellos una sorda exasperación. Los puños se crispan. Frases violentas corren de boca en boca.)

MINE. 2 Nos han descontado dos domingos y cuatro días de paro forzoso.

MINE. 1 Y un franco de multa a cada uno.

MINE. 2 Ni para compar pan.

MINE. 1 Y todavía le vienen a uno con malos modos.

MINE. 2 Y qué hacer ¡ira de Dios! Hay que doblar el espinazo.

MINE. 1 Y darles las gracias.

MINE. 2 Pueden más que nosotros.

ESCENA V

Dichos y BELISARIO.

NICANORA (Al ver a su marido.) ¿Y el café? ¿Y el azúcar? ¿Y la carne? (Al notar que lleva las manos vacías.) ¡Hombre, te portas!

BELISARIO (Con lágrimas en la voz.) Toma, ahí tienes lo que te traigo. (Echando sobre la mesa un puñado de francos.) Y es el jornal de todos.

NICANORA Pero oyes, tú sueñas... Te han contado mal. Pero ¿cómo vamos a vivir nueve personas con esto? Pero esta es la muerte por hambre a breve plazo.

MINE. 1 Si ya no comíamos, ¿qué vamos a hacer ahora?

MUJER 1 (Mostrando a otra mujer otro puñado de pesetas.) Mira, mira lo que le han dado. (Por su marido.)

MUJER 2 ¿Pues y al mío? No tengo ni para pagar el pan de la quincena.

MUJER 1 Y yo tendré que empeñar hasta la camisa.

MUJER 2 Y pensar que he visto esta mañana a la cocinera del director comprando pescado. (Se eleva un clamor de ira.)

MINE. 1 Eso es insultar nuestra miseria.

MINE. 2 ¡Ah! No siempre ha de ser así.

MINE. 1 Ha de llegarnos nuestra vez.

MUJER 1 ¿Qué esperáis?

MUJER 2 Es que si os estáis así con los brazos cruzados, ya podéis iros a comer a otra parte.

MUJER 1 Nosotras no podemos hacer milagros.

ESTEBAN (Levantando la voz.) Compañeros, ¿queréis ir a la huelga?

TODOS Sí, sí.

ESCENA VI

Dichos, JUANILLO, que entra casi corriendo. Cojea de las dos piernas. Su andar tiene en cierto modo semejanza con el del pato. Poco después cruza por el foro una pareja de gendarmes.

JUANILLO ¡Compañeros! ¡Silencio! Los gendarmes.

ESTEBAN Nos vigilan.

JUANILLO Todos los caminos están llenos. Acaba de llegar una compañía.

ESTEBAN Pues ya que no nos dejan hablar aquí, mañana, oidme bien, después de la puesta del sol, en el bosque de los Alamos.

VARIOS Iremos todos.

JUANILLO ¡Chist! Los gendarmes. (La pareja de gendarmes cruza por el foro fusil al brazo. Todos los mineros los miran con recelo y con odio.)

MINE. 2 (Por los gendarmes.) ¡Valiente papel!

ESTEBAN (En voz baja y contenida. Todos se agrupan a su alrededor.) ¡Oidme, compañeros! Que no falte ninguno...

VOCES (Lo mismo.) No, no.

ESTEBAN Y ahora a la mina. Que no noten nada. Yo también bajaré con vosotros, y mañana, ya lo sabéis, en el bosque de los Alamos.

MINE. 1 La consigna.

ESTEBAN ¡Patria y libertad! (Empiezan a salir todos de la taberna.)

MUTACIÓN

CUADRO V

EL GRITO DE REBELION

Telón corto que representa el bosque de los Alamos, a dos leguas de Montsou. Arboleda corpulenta y frondosa. La luna en toda su plenitud se eleva serena y radiosa en el horizonte de un cielo pálido en que brillan algunas estrellas amortiguadas por el esplendoroso fulgor del astro nocturno.

ESCENA PRIMERA

Al alzarse el telón se ve apostado a cada lado del bosque a un minero, colocado allí por expresa orden de Esteban para que no deje pasar a nadie que no sepa la consigna dada a todos los mineros para poder llegar hasta el sitio de la reunión. JUANILLO y FILOMENA que llegan por el lado derecho del bosque.

MINE. I (Al ver a Juanillo y Filomena.) ¡Alto! ¿Quién va?

JUANILLO Pero, hombre, ¿no nos conoces? Somos Juanillo y Filomena.

MINE. I Yo no conozco ahora a nadie. La consigna o atrás.

JUANILLO (Riéndose.) Pero, hombre, ¿crees que no la sabemos? ¡Patria y libertad!

MINE. I Pasad.

JUANILLO Pasa, Filomena. ¡Vaya un rato que nos espera! (Frotándose las palmas de la mano en señal de alegría.) ¡Y poco que me gustan a mí estas cosas!

FILOMENA Juanillo, ¡qué bonito sitio es este!

JUANILLO Como que yo te iba a llevar a una parte que no valiese la pena.

FILOMENA Mira este... ¡No te das poco tono!

JUANILLO Porque se puede. Filomenilla, mira la luna cómo nos mira. ¡Qué cara tiene tan risueña y complacida! Y cómo alumbra nuestro palacio al aire libre. Bien se ve que se ha puesto de nuestra parte.

FILOMENA Pues yo creo que de la parte de nuestros enemigos. Si nos alumbra así es para descubrirnos.

JUANILLO ¡Córcholis! Y qué penetración tenéis las mujeres. ¿Sabes que tienes razón?

FILOMENA Como siempre. Oye, tú, va a hablar Esteban, ¿no es cierto? (Pronuncia el nombre de Esteban con una especie de religioso respeto.)

JUANILLO ¿Te gusta Esteban, picaruela?

FILOMENA Mucho. ¿Sabes lo que te digo? ¡Que me gustaría que fuese mi novio!

JUANILLO ¡Miren a la mocosa esta! ¡Me gusta! ¡Qué pronto nos íbamos a quedar sin jefe!

FILOMENA ¿Por qué?

JUANILLO ¡Mira esta! Porque le mataría.

FILOMENA ¿Tú?

JUANILLO Sí, para que no le quisieses.

FILOMENA ¡Tonto! ¡Malo! ¡Feucho! ¡Rabia, rabia!

JUANILLO Así, así, que te pones muy mona. (Filomena se queda como triste y pensativa. Después dice de repente:) ¡Ay, Juanillo, tengo hambre!

JUANILLO ¿Hambre tú, princesa, estando yo en el mundo? (Sacando del seno un puñado de fresas envueltas en unas hojas.) Toma, las he cogido para ti.

FILOMENA (Apoderándose de ellas con ansiedad.) ¡Gracias, Juanillo! Desde ayer que no como...

JUANILLO ¡Ay, qué cosa más rara!...

FILOMENA ¿Qué?

JUANILLO Nunca lo había notado. Tienes los labios más rojos que las mismas fresas.

FILOMENA ¡Tonto! ¡Feucho!

ESCENA II

Dichos, ESTEBAN, que llega por la izquierda del bosque. Poco después grupos numerosos de mineros, compuestos de hombres, mujeres y niños, que van llegando apresuradamente por ambos lados del bosque

ESTEBAN ¿Hace tiempo que estáis aquí?

FILOMENA Ya lo creo. Este, a pesar de su cojera, corre más que una liebre.

ESTEBAN ¿Qué habéis visto?

JUANILLO ¡Gendarmes, muchos gendarmes! Han llenado el país.

FILOMENA Y qué miedo me dan a mí con aquellos bigotazos y aquellos ojos que les relucen más que las bayonetas de sus fusiles. (Empiezan a llegar los mineros.)

MINE. 1 (Por la izquierda.) ¡Patria y libertad!

MINE. 2 (Por la derecha.) ¡Patria y libertad!

ESTEBAN Dejadlos pasar a todos. Son todos de los nuestros. (La escena se inunda de una compacta y abigarrada muchedumbre de mineros.) Camaradas... camaradas...

VOCES (De los que están más atrás.) ¡No se le ve! ¡No se le ve!

MINE. 1 Sí, es una lástima...

MINE. 2 Por poco os apuráis. Venid. (Desaparece por la izquierda. Algunos mineros le siguen. A poco vuelven a entrar por el mismo sitio cargados de un grueso tronco de árbol que colocan en el centro del escenario. Esteban se sube a él y recorre con la mirada todo el numeroso concurso que le rodea. Se hace un profundo silencio.)

ESTEBAN Camaradas, puesto que se nos prohibe hablar, puesto que se nos espía como si fuésemos unos bandidos, es preciso que nos entendamos bien, lejos de esos esbirros y de sus asechanzas. Aquí nadie nos hostiga, aquí nadie nos molesta, nadie ha de venir a imponernos un ominoso silencio. Aquí estamos en el reino de los pájaros,

que son nuestros amigos. Esta es la patria de los hombres libres.

VOCES ¡ Bravo ! ¡ Muy bien !

MINE. 1 Sí, sí, el bosque es nuestro. ¡ Habla, Esteban !

ESTEBAN Camaradas, sabed todos que nos hemos reunido en este sitio, casi sagrado, para tomar una grave resolución. ¿Queréis la huelga? Y en este caso, ¿con qué medios contáis para triunfar de la compañía? (Silencio profundo.) ¿Meditáis? ¡ Hacéis bien ! El caso no es para menos. Pero, yo os ruego, que no veais en mí al jefe que os manda, sino al apóstol que os predica la verdad. Yo no creo que haya entre vosotros cobardes que falten un día al solemne pacto de esta noche. Si vamos a la huelga ha de ser para no volver a bajar, vencidos, a la mina a volver a reanudar nuestra perpetua miseria. ¿No vale más morir en la lucha santa, contra la tiranía del capital, que mata de hambre al trabajador? Ya es tiempo de que llegue para nosotros, camaradas, el reinado de la justicia.

VOCES ¡ Justicia, sí, justicia !

ESTEBAN El salario es una forma nueva de la esclavitud. La mina debe ser del minero, como el mar es del pescador y la tierra es del campesino. La mina es vuestra, oidme ; vuestra, puesto que la estáis regando desde hace un siglo con vuestro sudor de sangre y de miseria.

VOCES Sí, sí... Tiene razón.

ESTEBAN Ha llegado nuestro turno. Para nosotros el poder y la riqueza.

JUANILLO Ya lo oyes, Filomenilla. ¿Qué quieres que te compre cuando yo sea capitalista?

FILOMENA Pues un collar muy grande, muy grande, que me pueda yo dar con él, al cuello, unas cinco o seis vueltas.

JUANILLO Cuenta con él, chiquilla.

CHAVAL (Surgiendo de pronto de entre la multitud.) Camaradas...

VARIOS ¡Que se calle ese!

OTROS ¡Fuera el traidor!

CHAVAL Camaradas, habréis de oirme aunque no queráis. Ese hombre os engaña. La mina no puede ser nuestra... No valdría más...

VARIOS ¡Silencio!

(La rechifla de sus compañeros y el estrépito que mueven no le dejan continuar. Esteban le mira con sonrisa de triunfo. Chaval, mordiéndose los puños de rabia y echando fuego por los ojos, vuelve a confundirse entre la multitud.)

CHAVAL ¡Sonríe! ¡Triunfa, qué pronto habrás de llorar! Ya veréis cómo esto acaba.

BUENA (Saliendo de entre la multitud y yendo a colocarse al lado del tronco donde se halla Esteban.) Camaradas, pues ese hombre tiene casi razón. Muy viejo soy, ya lo veis. Pues bien, aun no he visto ninguna huelga que acabe con bien. Vienen en seguida los soldados y ¡conchos! todo se lo lleva la trampa.

ESTEBAN Camaradas, ahí tenéis a uno de nuestros ancianos más venerables, que puede deciros todo lo que ha sufrido y todo lo que sufrirán nuestros hijos, si no acabamos pronto con nuestros verdugos. ¿Qué mejor bandera que su ancianidad maltrecha y dolorida, para excitaros a la venganza? Vedle extenuado y consumido por todas las crueles enfermedades que produce la mina, por la anemia, por la escrófula, por el asma que ahoga, por el reumatismo que paraliza los miembros. ¿Queréis también correr su suerte?

VOCES No, no.

ESTEBAN ¡Camaradas! ¿Qué resolvéis? ¿Votáis por la huelga?

TODOS Sí, sí.

ESTEBAN Y que nadie baje a la mina.

VARIOS ¡Muerte a los traidores y a los cobardes!

ESTEBAN Y si es que hay espías entre nosotros, que tengan cuidado. Les conocemos.

CHAVAL ¿Lo dices por mí?

ESTEBAN ¡Quizás!

CHAVAL No, es que te curas en salud.

ESTEBAN Camaradas, ¡a la huelga!

VOCES ¡A la huelga!

JUANILLO Y a la riqueza. Filomenilla, vamos.

FILOMENA ¿A dónde?

JUANILLO ¡A por tu collar de perlas!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO VI

LOS DRAGONES

Comedor lujoso en casa del señor Hennebeau. Puerta al foro. A la izquierda, el aparador, repleto de luciente cristalería. A la derecha el trinchante. Otra puerta a la izquierda. En el centro, la mesa puesta. A la derecha una amplia ventana que da a la calle. Sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR HENNEBEAU y el SEÑOR RICHOMME, que entra por la puerta del foro. Después un CRIADO.

HENNE. ¿Qué hay, Richomme?

RICHOM. Vengo a advertirle a usted, señor Hennebeau, que hoy no ha bajado ningún hombre a la mina.

HENNE. ¿Y eso?

RICHOM. Creo que es por el anuncio que puso ayer la Compañía en el despacho del cajero.

HENNE. Tenemos huelga, por lo visto.

RICHOM. Las señas son mortales. Vengo a recibir órdenes.

HENNE. Que esté todo preparado lo mismo que si se fuera a trabajar. Pudieran muy bien cambiar de opinión, venir algunos...

RICHOM. No lo creo. Acabo de recorrer el barrio de los obreros y he visto las casas cerradas a

piedra y lodo. Parece que todo Montsou duerme a pierna suelta.

HENNE. No importa. Y téngame usted al corriente de todo lo que suceda.

RICHOM. Descuide usted, señor Hennebeau.

HENNE. Es una contrariedad muy grande para mí. Mi mujer había convidado a almorzar hoy con nosotros a don Tomás y a doña Rosalía, con su hija Cecilia. Sí, mi mujer quiere casar a Cecilia con mi sobrino.

RICHOM. ¡Ah, ya!...

HENNE. Sí; se le ha puesto esta idea entre ceja y ceja y ya sabe usted lo que son las mujeres cuando se empeñan en una cosa. El almuerzo debía de haber sido un almuerzo de aproximación. Sí, para que los chicos se traten y se vayan tomando cariño. Pero...

RICHOM. No creo yo que haya inconveniente...

HENNE. Sí, sí... No sabemos el sesgo que pueden tomar las cosas.

CRIADO Señorito, acaban de traer estos despachos para usted. (Se los entrega y se retira por la puerta del foro.)

HENNE. (Abriéndolos y leyendo.) Esto se pone grave. La huelga se extiende como un reguero de pólvora. Me dice el administrador que en Santo Tomás y en la Magdalena nadie ha querido trabajar... En la Matilde sólo se han presentado los carreteros y los mozos de cuadra; en San Esteban, la mina mejor disciplinada que tenemos, sólo una tercera parte de los obreros ha querido bajar al trabajo. ¡Ah; pero esto es un levantamiento en toda regla!

RICHOM. ¡Ah, pícaros!... ¡Y qué callado se lo tenían!

HENNE Telegrafíe usted inmediatamente al prefecto del departamento, a la Compañía, que nos manden un escuadrón de dragones y algo de infantería. No me pierda usted un momento.

RICHOM. Está muy bien, señor Hennebeau. (Sale por el foro.)

ESCENA II

El SEÑOR HENNEBEAU y MATILDE, por la puerta de la izquierda.

MATILDE ¿Un telegrama? ¿De quién es?

HENNE. De la Magdalena. Todos nuestros mineros se han declarado en huelga.

MATILDE ¡Ah! ¿sí? ¿Qué nos importa? Por eso no vamos a renunciar a nuestro almuerzo, ¿no es cierto?

HENNE. Pues mira, no estaría mal que lo aplazáramos.

MATILDE ¿Aplazarlo? De ningún modo. Ya sabes tú por qué he convidado a esa gente. Ese matrimonio debía de interesarte más que las majaderías de tus obreros. En fin, es un capricho que tengo. No me contraríes.

HENNE. Bien, hija mía, haz lo que quieras; pero conste que es una imprudencia.

ESCENA III

El SEÑOR HENNEBEAU, MATILDE y PABLO NEGREL, por el foro.

HENNE. ¿Qué hay, Pablo?

PABLO Nadie rechista. Pero creo que quieren enviarte una comisión.

MATILDE Pero ¿quién mete en esos líos a una gente que vive tan bien?

PABLO Tía, los aires del siglo.

ESCENA IV

DICHOS, DON TOMÁS y DOÑA ROSALÍA, por la puerta del foro. Después SILVERIA.

MATILDE (Sale a su encuentro. Se dan la mano. Las mujeres se besan.) ¡Ah! ¿son ustedes? ¡Qué valientes! Así me gusta.

TOMÁS Pues, ¿qué pasa?

ROSALÍA ¿Ocurre algo grave?

MATILDE La huelga. ¿No se han enterado ustedes?

ROSALÍA No.

TOMÁS Nada sabíamos. Pero ¿eso qué tiene que ver?

PABLO Quizás...

TOMÁS ¡Bah! No hay por qué inquietarse. Son buenos chicos.

ROSALÍA Creo lo mismo que mi marido. Esa gente nunca se levanta.

CECILIA Con ir a visitarles y distribuirles limosnas...

TOMÁS Ya me tiene usted la fiera más mansa que un cordero.

MATILDE ¡Qué fastidio! ¿No podían haberse esperado a otro día? Van a echarnos a perder el almuerzo.

(La Silveria entra con el primer plato.)

HENNE. Señores, a la mesa.

MATILDE (Instalando a sus convidados.) Rosalía aquí... Cecilia a este lado; al lado de mi marido. Don Tomás a mi derecha. Pablo al lado de la novia. (Risas.) ¿Están ustedes contentos?

TOMÁS Tiene usted una mano de ángel, Matilde.

MATILDE Ustedes me dispensarán... Quería darles ostras, pero...

ROSALÍA Y eso, ¿qué importa?

TOMÁS Quiere usted callarse...

MATILDE La cocinera no quiso llegarse hasta Montsou. Tuvo miedo de que la apedrearan los huelguistas. (Risas.)

ROSALÍA ¡Qué tontería!

TOMÁS No había para tanto.

ROSALÍA No es tan fiero el león...

TOMÁS Tendría miedo de que la estropearan el palmito.

PABLO Después de todo, la pobre chica tuvo razón. ¿Verdad, Cecilia?

(Pablo y Cecilia, siempre que no toman parte en el diálogo, sostienen entre sí tierna y animada conversa-

ción. Pablo se muestra en toda la comida muy galante y solícito con ella.)

CECILIA Sí, Pablo.

TOMÁS Señores, he aquí un riquísimo salchichón, que de seguro no comerán los huelguistas.

HENNE. ¡Chist! Baje usted la voz. (Mirando con inquietud a la calle.) No hay necesidad de que se sepa que estamos pasando aquí un buen rato.

PABLO (Poniendo cara de miedo para asustar a don Tomás.) No estaría de más que corriéramos la cortina.

HENNE. A ver, Silveria, corra usted esa cortina. (Por la de la ventana.) Sí, no hay que provocar a la gente.

(Silveria entra y sale del comedor a cada paso, trayendo y llevando el servicio.)

TOMÁS (A Silveria, que le cambia los cubiertos, riéndose, pero sin dejar por eso de lanzar miradas inquietas a la calle.) Cuidado, Silveria, no haga usted ruido.

ROSALÍA (Riéndose también.) Sí; que no oigan el ruido de la plata.

TOMÁS (Al señor Hennebeau.) Creo que la crisis industrial se ha agravado.

HENNE. Tenía que suceder fatalmente. La prosperidad de los últimos años nos ha traído a esta situación.

TOMÁS (Al ver venir el nuevo plato que entra Silveria.) Señores, saludemos agradecidos este plato. Quién sabe si nos dejarán llegar al venidero... (Risas.)

HENNE. Cuando pienso que esa gente se ganaba antes en las minas el doble de lo que ahora ganan... Y vivían con holgura y adquirían hábitos de lujo. Hoy, como es natural, les viene muy cuesta arriba el tener que volver a su frugalidad antigua.

MATILDE Don Tomás... Otra trucha. Están deliciosas, ¿no es cierto?

TOMÁS ¡Gracias, amiga mía! Nunca como aho-

ra se ha podido decir con más razón: No se pescan truchas a bragas enjutas.

HENNE. Pero, pregunto yo: ¿Tenemos nosotros acaso la culpa? ¿No somos víctimas lo mismo que ellos de la situación general?

MATILDE Perdices, don Tomás.

TOMÁS ¿También? Pues, señor, veo que nos perdonan la vida. (Risas.)

SILVERIA (Viniendo de fuera.) Señorito...

HENNE. ¿Qué hay? ¿Es algún telegrama? Dámelo. (A sus comensales.) Espero algunos.

SILVERIA No, señorito. Es el señor Richomme que quisiera hablar con usted, pero no se atreve a entrar.

HENNE. Que pase en el acto. Nos trae noticias.

ESCENA V

Dichos y RICHOMME, por el foro.

HENNE. ¿Qué hay, Richomme?

RICHOM. El barrio sigue tranquilo, pero han decidido una cosa... Va a venir una comisión de mineros, presida por Esteban.

HENNE. Ése es el que les levanta los cascos. Habrá que ponerle a buen recaudo.

RICHOM. Quizá dentro de pocos minutos estén aquí. (Intranquilidad en todos los personajes.)

HENNE. Está bien. Infórmeme usted por mañana y tarde de todo lo que ocurra.

RICHOM. Muy bien... Señores... (Sale por el foro.)

ESCENA VI

Los mismos menos RICHOMME.

CECILIA ¡Ay! papá, vámonos a casa.

PABLO ¿Tienes miedo, Cecilia?

CECILIA Si quieres que te diga la verdad, ¡mucho!

PABLO ¡Tonta! No tengas cuidado.

TOMÁS Señores, apresurémonos a comer la ensalada rusa... No sea que nos la quiten de las manos.

PABLO Silveria, ¿no hay pan?

SILVERIA (En voz muy baja, en la que se refleja el miedo.) Sí, señorito. (Risas muy grandes.)

MATILDE Habla más alto, hija mía; todavía no están aquí.

TOMÁS Cuidado, Silveria, porque esa gente se dedica al asesinato.

PABLO Y a robar chicas bonitas.

ROSALÍA ¿Y qué le parece a usted, señor Hennebeau? Durará esto mucho?

HENNE. Todo lo más una semana. Pasarán el día en la taberna, y cuando el hambre les acose volverán al trabajo.

PABLO Tío, yo no estoy tan tranquilo como usted. Esta vez están muy bien organizados. Ese Esteban... Tienen también una caja de socorros.

HENNE. No importa. Dentro de ocho días, los diez mil hombres están en las minas.

ROSALÍA Pero esa pobre gente va a morirse de hambre.

CECILIA Les repartiremos bonos de pan y de carne, mamá.

MATILDE Pero, ¿ustedes creen en la miseria de los mineros? Se quejan de vicio.

TOMÁS Es lo que yo digo.

MATILDE Pues qué, ¿no puede darse por dichosa una gente que tiene casa, lumbre, médico y luego el sueldo suficiente para que no se muera de hambre?

TOMÁS El peligro está en que cuanto más se les dé, más han de pedir.

PABLO Yo no comparto el optimismo de ustedes. Me temo graves desordenes. Don Tomás, le aconsejo a usted que cierre a piedra y lodo su Villa-Cecilia. Podrían muy bien saqueársela.

ROSALÍA ¡Ave María Purísima! No diga usted eso ni en broma, Pablo...

TOMÁS (Con sonrisa forzada.) ¿Saquearme a mí? ¿Por qué?

PABLO ¿No es usted el primer accionista de «La Victoria»?

TOMÁS ¿Y qué?

PABLO ¿Le parece a usted flojo el motivo? Usted no hace nada; usted vive del trabajo de los demás... Representa usted para ellos el odioso capital. Con eso basta. Tenga usted la seguridad de que si la revolución triunfa, le obligarán a usted a devolver su fortuna como si fuese robada.

TOMÁS (Exaltándose por grados.) ¡Cómo! ¡Mi fortuna robada! Pues qué, ¿mi padre no ganó acaso con el sudor de su frente el capital que yo he empleado más tarde en acciones de minas? ¿Acaso no he corrido todos los riesgos de la empresa? ¿Hago yo un mal uso de mi dinero?

CECILIA No hagas caso, papá; son bromas de Pablo. ¿No ves que quiere asustarte?

MATILDE Cangrejos, don Tomás. ¿No le gustan a usted?

TOMÁS Mucho, amiga mía. Yo no digo que no haya accionistas que no abusen de su fortuna. Pero nosotros que vivimos sin escándalo y sin ostentación, que no especulamos; que nos contentamos con vivir honradamente con lo que tenemos y que damos una parte a los pobres... ¡Ah! Sería preciso que los mineros fuesen unos bandidos para que robaran en mi casa un alfiler.

MATILDE Pero no me ha dicho usted nada de los cangrejos, don Tomás.

TOMÁS Riquísimos, Matilde. En cuanto a mis ideas políticas... Yo soy liberal.

PABLO Pues yo voy más lejos que usted... Yo soy republicano. Ustedes, los burgueses,

están representando una comedia muy peligrosa. Están ustedes afilándole los dientes al monstruo para que nos devore, y el monstruo nos devorará.

SILVERIA (Entrando con el café, muy asustada.) Señoritos... ahí está...

PABLO ¿Quién? ¿El monstruo? (Grandes risas.)

SILVERIA No, señorito. La comisión de mineros. Ya está aquí.

HENNE. ¿La recibimos aquí?

TOMÁS Sí, sí. ¡Quién dijo miedo!

CECILIA ¡Ay! pues yo tengo mucho.

HENNE. Sí. Que pase.

TOMÁS Pero antes guardemos el azúcar. No se lo vayan a llevar. (Se mete en el bolsillo unos cuantos terrones de azúcar. Grandes risas.)

CECILIA (Imitándole.) Sí... sí...

TOMÁS Y los cubiertos de plata. Esconde los cubiertos, Cecilia.

MATILDE (Al señor Hennebeau. Irónica.) ¿Podremos tomar el café?

HENNE. Pues ¡claro!

TOMÁS ¿Tú los has visto, Silveria?

SILVERIA Sí, señorito. Vienen todos muy limpios; con sus trajes de los domingos.

PABLO (Yéndose a asomar a la puerta del foro y volviendo a su sitio en seguida.) ¡Qué caras más patibularias!

TOMÁS ¡Quiá, son todos buenos chicos!

HENNE. ¡Silencio! Ya están aquí.

ESCENA VII

Dichos, ESTEBAN, BELISARIO y grupo de mineros; todos muy limpios, con sus trajes de cristianar, recién afeitados y con las gorras en la mano.

HENNE. (Abotonándose militarmente la levita. Pausa breve. Los mineros, desconcertados, confusos, bajan los ojos. El señor Ennebeau recorre todo el grupo con mirada escrutadora.) Señores, ustedes dirán...

BELISARIO (Dando un paso hacia adelante.) Señor director...

HENNE. (Interrumpiéndole.) ¡Cómo! ¿Eres tú, Belisario? Un obrero tan prudente como tú, tan razonable, tan honrado, tan trabajador... ¡Ah! ¡no sabes tú lo que me lastima verte a la cabeza de los descontentos!

BELISARIO (Con voz sorda y algo balbuciente.) Por eso, precisamente, señor director, porque soy un hombre tranquilo y razonable, es por lo que me han..., por lo que me han escogido mis compañeros en esta... en esta solemne ocasión. Esto debe de probaros, señor director, que no se trata de un simple motín de alborotadores, sino de algo más serio y más grave.

HENNE. Bien, ¿y qué es lo que ustedes quieren?

BELISARIO No queremos más que justicia, señor director.

HENNE. Pero ¿qué exigen?

BELISARIO Que se nos pague más y afianzaremos mejor.

HENNE. ¿Y nada más?

BELISARIO Nada más. Sí, señor director, para tener que morirnos de hambre trabajando, preferimos morirnos sin hacer nada. ¿A qué matarse por una miseria?

HENNE. Vuelvan ustedes a la mina, y entonces hablaremos.

BELISARIO ¡Nunca! La hemos abandonado voluntariamente, y ninguno de nosotros volverá a empuñar la piqueta hasta que la compañía nos aumente el sueldo.

HENNE. No es eso solo, no. Confesadme la verdad. (Mirando a Esteban.) Obedecéis en este momento a perversas excitaciones. Sí, ya veo que os han vuelto del revés, vosotros antes tan tranquilos, tan razonables... Se os alista en esa famosa Internacional, en esa partida de bandoleros,

cuyo único sueño es la destrucción del mundo.

ESTEBAN Os engañáis, señor director. Ningún minero de Montsou pertenece todavía a la Internacional; pero si se les empuja, si se les obliga a ello, todos se alistarán. Eso depende de la compañía.

HENNE. La compañía cumple con su deber; ustedes pueden hacer lo que tengan por más conveniente.

ESTEBAN ¿Es eso todo lo que tiene usted que decirnos, señor director?

HENNE. (Secamente.) Sí.

ESTEBAN Pues nos retiramos, dejándole a usted la responsabilidad de los sucesos que puedan sobrevenir. (Salen todos por el foro.)

ESCENA VIII

EL SEÑOR HENNEBEAU, MATILDE, PABLO NEGREL, DOÑA ROSALÍA, DON TOMÁS, CELIA y la SILVERIA. Después un CRIADO por la puerta del foro.

HENNE. Eso me suena a una amenaza.

PABLO Es una declaración de guerra.

TOMÁS Pero ¿se atreverán esos brutos?

PABLO Me parece que sí.

MATILDE Silveria, abre la ventana de par en par. Que se vaya el olor de esa gentuza. (Silveria abre la ventana.)

SILVERIA ¡Ay! señorita, forman grupos delante de la casa. Y por cierto nada tranquilizadores...

CECILIA ¡Ay, mamá, qué miedo tengo!

SILVERIA ¡Qué miradas echan hacia aquí!

PABLO Veo que esos bergantes acaban por enfadarse. (En este momento una piedra rompe un cristal y va a caer al centro de la habitación.)

HENNE. Y nos apedrean. Cierra, Silveria. (Suena un timbre. Aparece un criado por el foro.) Cierre usted todas las puertas de la casa.

TOMÁS Esto se pone feo. ¡Miserables!

HENNE Y los dragones que no llegan.

TOMÁS Estamos enteramente a merced de ellos.

HENNE. No importa, venderemos caras nuestras vidas.

MINEROS ¡Mueran los burgueses! ¡Viva la Internacional!

TOMÁS ¡Estamos perdidos! (Se oye el toque de los clarines de los dragones que entran en Montsou.)

HENNE. ¡Los dragones! ¡Estamos salvados!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO VII

LA COLISION

Plaza pequeña en Montsou. A la derecha se eleva el edificio de ladrillos en cuyo fondo está situada la mina de «La Victoria», coronado por una chimenea gigantesca. En el fondo se distingue el caserío de Montsou, sobre cuyos tejados se eleva el campanario de la igiesia del pueblo. A la derecha se ven, también, algunas casuchas de baja construcción. Acaba de amanecer.

ESCENA PRIMERA

DEMETRIO sale por la puerta principal del edificio de la mina. ESTEBAN llega al mismo tiempo por la derecha.

DEMETRIO ¿Tú aquí? ¿Y tan temprano? Algo importante te trae.

ESTEBAN No te equivocas, Demetrio. Graves acontecimientos se preparan.

DEMETRIO Me los figuro.

ESTEBAN Dímelo, pues tú debes de saberlo mejor que nadie. ¿Es cierto que van a reanudarse los trabajos en «La Victoria»? ¿Es cierto que hay un centenar de hombres dispuestos a volver a la mina?

DEMETRIO Es cierto. Y ya debían de estar aquí. Anoche recibí ordenes del capataz mayor de tener encendidos los hornos y presta a funcionar la máquina a la hora de costumbre.

ESTEBAN ¿Y es verdad que van a devolvernos la libreta a todos los mineros rebeldes?

DEMETRIO Sí.

ESTEBAN ¡Ah! ¿pero eso es querer la guerra a todo trance?

DEMETRIO Este asunto ha de acabar mal para vosotros si os obstinais más tiempo en la resistencia.

ESTEBAN ¿Darwin, entonces, tiene razón? ¿El mundo no es más que una batalla donde los fuertes acaban por comerse a los débiles?

DEMETRIO ¿Si vacilas, por qué no se lo dices valientemente a tus compañeros?

ESTEBAN Tú tienes tus ideas y yo tengo las mías. Creo que si morimos arrollados por la fuerza, nuestra sangre ha de servir más a la causa del pueblo que toda tu política de odio y de destrucción.

DEMETRIO Vuestra sangre generosa empapará estérilmente la tierra.

ESTEBAN No importa, les venderemos caras nuestras vidas.

DEMETRIO Os diezmarán como a un rebaño de carneros. No es ese el sistema, creedme. ¡Ah! si yo pudiera, cogería la tierra con mis manos y la estrellaría contra los demás astros para que perecieran bajo sus escombros todos los tiranos.

ESCENA II

Dichos, BELISARIO, por el fondo, seguido de un grupo de mineros de ambos sexos. También se ve, entre ellos, algunos niños. Poco después CATALINA y otro grupo compacto de mineros.

BELISARIO ¿Qué aguardas, Esteban? Gran parte de nuestros compañeros van a bajar a la mina.

ESTEBAN (Con amargura.) Sí, ya lo sé.

BELISARIO ¡¡Conchos! Por fin van a hacer esa canallada.

ESTEBAN Compañeros, creo que ha llegado la hora de vencer o de morir.

MINE. 1 Sí, sí, hay que impedir a todo trance una infamia semejante.

ESTEBAN No creo que haya ninguno entre vosotros que no piense lo mismo.

VOCES Ninguno, ninguno. (Muchos se callan.)

ESTEBAN Sí, ya veo que no nos han engañado. Entre nosotros hay traidores. Pero esos que cuenten con nuestros puños.

ESCENA III

Dichos y CATALINA.

CATALINA Padre... Esteban... Acaba de llegar al pueblo una compañía de cazadores.

MINE. 2 ¡Ah! entonces estamos perdidos...

CATALINA El señor Negrel está hablando, ahora mismo, con el oficial.

DEMETRIO ¡Claro! Vienen a proteger la bajada a la mina de los que quieren trabajar.

CATALINA ¿No sabes, Esteban, quién los capitanea? Chaval.

ESTEBAN ¡Ese traidor!

BELISARIO ¡Rayo de Dios! No se atreverán esos canallas... Si bajan les arrasamos la mina.

DEMETRIO Sueñas, Belisario. La tropa protegerá con sus fusiles su bajada. ¿Qué armas tenéis vosotros?

BELISARIO (Crispando los puños.) ¡Rayos y truenos! Esas bayonetas las siento clavadas aquí, en el corazón. Lo veo todo rojo, color de sangre, ante esta nueva injuria que se nos hace. ¡Rayo de Dios! ¡Soldados en nuestra casa!

ESCENA IV

Dichos, RICHOMME desde el umbral de la puerta principal del edificio de "La Victoria".

RICHOM. ¿Qué es eso, Demetrio? ¿Por qué no funciona la máquina? ¿Por qué no empieza el trabajo?

DEMETRIO Creo que va a haber lucha. La mayoría se opone a bajar a la mina.

RICHOM. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa? ¿Vais a faltar a vuestra palabra? Explicaos y veréis qué pronto vamos a entendernos. (Silencio penoso en los mineros.) ¿Nada me respondéis? He prometido al director que ibais a bajar a la mina. Hablad. Os escucho. (Movimiento de unos cuantos mineros hacia la entrada de la mina.)

ESTEBAN (Interponiéndose entre ellos y la puerta de entrada.) ¡Atrás! El que de un paso hacia adelante está perdido.

RICHOM. Dejadles. Que todo el mundo sea libre de hacer su gusto. ¿Quiénes son los que quieren trabajar? (Los mineros que se hallaban dispuestos a bajar a la mina se callan, indecisos y turbados, mirando con recelo y temor a sus demás compañeros.)

ESCENA V

Dichos y CHAVAL, que llega por la primera derecha.

CHAVAL ¿Qué es eso, camaradas? ¿Tenéis miedo? (Señalando a Esteban.) ¿Os dejáis imponer por ese aventurero? El que quiera trabajar que me siga. (Un tropel numeroso de mineros se agrupa alrededor de Chaval.)

ESTEBAN ¡Ah! ¿eres tú, traidor? (A los otros.) ¡Atrás os digo! ¿Seréis capaces de ha-

cer causa común con nuestros opresores?

CHAVAL Nosotros lo que queremos es pan y trabajo. ¡Adelante, compañeros! (Chaval da un paso hacia la mina. Los suyos le siguen. Los de Esteban van a cerrarles el paso amenazadores.)

BELISARIO ¡Atrás, os digo, conchos! Si dais un paso arrasamos la mina.

RICHOM. ¡Ah! esas tenemos... Ya os meterán en cintura. (Se aplica un pito a los labios y lanza un penetrante y prolongado silbido. Poco después suena un toque de corneta.)

BELISARIO ¡Ah, canallas! Nos echan la tropa encima.

RICHOM. No es culpa nuestra. Con gente como vosotros, no hay más que la fuerza.

ESTEBAN Os ruego que no dejéis bajar a ninguno de vuestros obreros, o no respondo de la actitud de mis camaradas. Tened en cuenta que está en vuestra mano el evitar una desdicha.

RICHOM. Y en la tuya también. Decide.

VOCES ¡Mueran los traidores! ¡A las calderas! ¡Apagad los hornos! (En este momento, aparece por el foro un piquete de cazadores, con su oficial al frente y la espada fuera del cinto.)

RICHOM. ¡Ah, bandidos! Ahora ya somos los más fuertes. (El piquete de soldados se coloca delante de la puerta de entrada para proteger la bajada á la mina, de los mineros resueltos a trabajar.)

ESTEBAN (Dirigiéndose al oficial que manda el piquete.) Señor oficial, ¿para qué verter sangre inútilmente? ¿No creéis que la justicia está de nuestra parte? Somos hermanos. ¿Por qué no entendernos? Os ruego que no disparéis contra el pueblo, aunque os lo manden.

OFICIAL ¡Atrás! No me obliguéis á que cumpla con mi deber.

BELISARIO ¡Conchos! Pues también nosotros cumpliremos con el nuestro.

OFICIAL ¡Atrás! he dicho. Me han dado orden de

proteger la bajada de todos los que quieran volver á la mina y he de cumplirla cueste lo que cueste.

ESTEBAN ¡Compañeros, todo es inútil! No nos queda más que luchar y morir.

VOCES ¡Abajo los cobardes! ¡Que mueran los traidores!

BELISARIO Soldados, idos. Esto no va con vosotros. (Llegan por el fondo, la Nicanora, Catalina, la Lorenza, la Rosa y otras mujeres.)

ESTEBAN (A los soldados.) ¡Camaradas, vosotros sois del pueblo como nosotros! ¡No podéis tirar contra vuestros hermanos.

NICANORA (Amenazando con los puños a los soldados.) ¡Canallas! ¿Seríais capaces de tirar contra mujeres y niños indefensos? (Los soldados escuchan tiesos, impasibles, todas las súplicas y todos los dicterios de la muchedumbre. Esta, les hace casi retroceder, echándoseles encima, hombres y mujeres y amenazándoles con los puños.)

OFICIAL ¡Calen! ¡armas!...

NICANORA ¡Matadnos! No hemos de retroceder.

BELISARIO (Plantándose delante de ellos, desabrochándose la camisa y mostrando al descubierto su pecho musculoso y velludo.) ¡Cobardes! Disparad. He aquí mi pecho. Es el de un obrero, el de un honrado hijo del pueblo.

NICANORA (Levantando en alto el cuerpo menudo y gracioso de Estrella.) Ahí tenéis un buen blanco. ¡Disparad, si os atrevéis!

ESCENA VI

DICHOS, JUANILLO y FILOMENA, por la izquierda.

JUANILLO ¿Lo ves, Filomena? ¿No te lo decía? Ya ha empezado la fiesta. Te juro que vamos a divertirnos.

FILOMENA ¡Ay, Juanillo, qué cara tienen los soldados!... Vámonos de aquí, que tengo miedo... Disparan con balas ¿no es cierto?

JUANILLO No, tonta; con peladillas.

RICHOM. (Volviendo a asomarse a la puerta del edificio.) ¡Eh, despachemos! Estamos perdiendo un tiempo precioso. ¡Que baje todo el que quiera! (Chaval y los suyos se disponen a entrar. Los huelguistas se ponen a arrojarles piedras, ladrillos, etcétera, etc.)

OFICIAL ¡Apunten! ¡Fuego! (Suena una descarga cerrada de fusilería.)

NICANORA ¡Canallas! ¡Cobardes! ¡Infames!

BELISARIO ¡Viva la...! (Cae muerto de un balazo en el corazón. La plaza queda desierta en un santiamén.)

NICANORA (Arrojándose desolada sobre el cuerpo exánime de su marido.) ¡Habla! ¿Qué tienes, Belisario? ¡Me lo han matado! ¡Canallas! ¡Asesinos!

RICHOM. ¡Bajad! La mina está libre.

CHAVAL ¡Adelante, compañeros!

ESTEBAN (Amenazándole con el puño crispado.) ¡Judas, gózate en tu obra!

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO.

ACTO SEXTO

CUADRO VIII

MISERIA Y DESALIENTO

La misma decoración del acto segundo, pero casi despojada de todos sus muebles. Es de noche. Al alzarse el telón aparece la estancia débilmente iluminada por la luz mortecina de una vela.

ESCENA PRIMERA

La NICANORA está sentada a la derecha, en segundo término, en una silla baja. Tiene en su regazo a ADELA, arrebujada en una manta. A la izquierda, también en segundo término, se ve a BUENAMUERTE ceñudo y sombrío. De cuando en cuando, agitan su cuerpo agarrotado por el reuma, ráfagas de ira, oleadas de desesperación.

NICANORA ¡ Pues, señor ! hoy también vamos a tener que acostarnos sin haber podido tomar, en todo el día, ni un solo bocado.

BUENA. Como ayer... como mañana... como siempre... ¡ Y ni un rayo de luz !

NICANORA Y que ya no hay nada que llevar al empeño. Nos hemos quedado sin muebles, sin ropa, sin lo más necesario para la vida.

BUENA ¡ Ah, huelga maldita !

NICANORA ¡ Qué desgraciados somos, abuelo ! Si hasta Dios se ensaña con nosotros. No bastaba con nuestra miseria, no bastaba con la muerte de mi pobre Belisario, para que se me enferme también esta niña, cuando

no puedo darle ni una taza de caldo, ni una medicina.

BUENA. Ni viene el médico.

NICANORA ¡Ah! ya se hubiese apresurado si fuésemos ricos.

ADELA (Con voz muy débil y apagada. Sus dientes castañetean.) ¡Madre!...

NICANORA ¿Qué quieres, tesoro?

ADELA Frío... tengo frío...

NICANORA Y sin lumbre. ¡Virgen mía! ¿Se puede llegar a un extremo tan grande de miseria?

ADELA Madre, no te aflijas así... ¡Si vieras! Ahora tengo calor... Madre, no me quites del sol que estoy muy bien... ¿Me dejas jugar con esa niña? Tiene una muñeca muy bonita con los ojos azules y el pelo rizado. Igual ¿sabes? que la de aquella niña rica que se llama Rosario...

NICANORA ¡Angel mío! Ahora delira. Su frente abrasa. Y el médico sin venir. ¡Ah! ya no le espero. Le habrán dicho que no venga.

BUENA. Pues, ¡claro está! (Se oyen pasos precipitados que se acercan.)

ESCENA II

Dichos y ESTEBAN, por el foro.

NICANORA ¡Ah! no es...

ESTEBAN ¡Vaya una semana! ¡Y vaya un invierno! Si no nos mata el hambre, ha de acabar con nosotros el frío.

BUENA. Y los patronos sin ceder.

ESTEBAN No importa, resistiremos a pesar de todo. Cuando se está al lado de la justicia, se acaba siempre por triunfar.

NICANORA ¡Ah, sí, Esteban, antes morir que darles la razón!

ESTEBAN ¿Y Catalina?

NICANORA Ha salido. La he mandado a la mina a

buscar carbonilla. Ya que no comemos, que al menos tengamos lumbre.

BUENA. Y que no hay ningún compañero nuestro que pueda socorrernos. El barrio entero, Esteban, agoniza en estos instantes de hambre.

ESTEBAN Lo sé. Por donde quiera me acosa la horrible visión. Por todas partes veo á los nuestros luchando sin pan, sin fuego, sin luz, muertos de hambre, de frío, sombríos, mudos, ante los estériles lamentos de las mujeres y los niños. Y entonces, la terrible responsabilidad que sobre mí pesa, me anonada y me abate el ánimo y me llena la mente de dolorosas cavilaciones. ¿Debo aconsejarles todavía la resistencia cuando ya no tenemos nada, ni fuerzas, ni crédito, ni dinero? ¿Y cuál va a ser el desenlace? ¿Cómo conservar el valor ante el horrible cuadro de niños que agonizan, de madres que sollozan, de hombres fatídicos y escuálidos, que llevan ya en su cerebro, sin confesárselos a sí propios, el irrevocable designio de bajar a la mina? ¡Ah! la idea de que la compañía vá a poder más que nosotros me aterra, me vuelve loco, Nicanora...

ESCENA III

Dichos y CATALINA, por el foro.

NICANORA ¿Eres tú, Catalina?

CATALINA Sí, madre.

NICANORA ¿Traes eso?

CATALINA No. Por poco me pega el vigilante.

NICANORA Quieren que nos muramos de frío.

CATALINA Pero traigo noticias. (Ansiedad en todos los personajes.) Ha llegado más tropa.

ESTEBAN Sí, han erizado todo el país de bayonetas.

CATALINA El número de nuestros compañeros que

están decididos a bajar a la mina aumenta por momentos.

BUENA. ¡ Estamos perdidos !

ADELA Madre, madre mía, ¡ qué cosas tan bonitas veo ! Una casa toda azul... toda azul... Parece la casa de los ángeles.

NICANORA ¡ No digas eso, cielo ! ¡ Ay ! mi hija se muere...

BUENA. ¿ Lo ves, Esteban? Esto no puede seguir así. Mi hijo bajo tierra, mi nieta allí, agonizando... ¿ Qué es lo que esperamos?

CATALINA ¡ Ah ! abuelo... Tendremos que rendirnos.

NICANORA ¿ Qué has dicho, Catalina? ¡ Nunca ! ¿ Lo oyes? ¡ Nunca !

CATALINA Pero, madre, ¿ no ves que estamos desnudos, hambrientos, muertos de frío, que carecemos de todo? No nos resta más que morir. ¡ Si esto parece el fin del mundo !

NICANORA Mira, Catalina, no hables más de rendirnos, porque voy a ponerte la mano en la cara. ¿ De modo que después de habernos muerto de hambre dos meses enteros día por día, de haber vendido casi todo nuestro menaje, de haber matado a mi marido, de estar muriéndoseme esta niña, iba a resultar nuestro sacrificio estéril y la injusticia volvería a reinar sobre nosotros? ¡ Ah ! cuando pienso en esto, la rabia me ahoga. No, lo quemaría todo, lo destruiría todo antes que rendirme. Y óyelo bien, Esteban, si volvéis a la mina soy capaz de ir a esperaros a la mina para escupiros a la cara.

CATALINA Pues mira, madre, yo sí que voy a volver a la mina. Desengáñate, así no podemos seguir. Tendremos pan al menos.

NICANORA ¡ Cállate, Catalina ! Antes prefiero que nos saquen á todos entre cuatro.

ESCENA IV

Dichos y el DOCTOR MOREL, por el foro.

DOCTOR (Encendiendo una cerilla.) ¡Diablos! No se ve aquí ni una gota.

NICANORA ¡A Dios gracias, doctor!

DOCTOR Hija, no sabes tú el trabajo que me ha caído. Hasta ahora no he podido venir.

NICANORA Si no le digo a usted nada...

DOCTOR ¿A ver, qué tiene ésta? ¡Pché! Lo de todas. Os habéis obstinado en luchar con el hambre, y el hambre ha de poder más que todos vosotros.

NICANORA Dígame usted, doctor, ¿encuentra usted bien que Dios me quite una niña tan dulce, tan inteligente, tan servicial, que me ayudaba tanto?

DOCTOR ¡Pobrecita! No sufrirá ya más en este mundo...

NICANORA ¡Adela! ¡Adela! ¡Hija mía!

DOCTOR Ha muerto de hambre la chiquilla. Nicanora, sábelo. Y no es la única. Acabo de ver a otra aquí al lado. Me llamáis para medicina y es carne lo que necesitan vuestros hijos. (Sale por el foro.)

ESCENA V

Dichos, menos el DOCTOR.

NICANORA (Sollozando amargamente.) ¡Dios mío! mátame a mí también... ¡¡Mata a todos los demás!! ¡Por piedad, concluyamos de una vez! ¡Hija mía! ¡Hija de mi alma!

CATALINA (Llorando también.) ¡Madre! ¡Madre! ¡Adelita! ¡Pobre Adelita!

BUENA. ¿Carne? ¡Rayos y truenos! ¿Carne es lo que necesitan? La tendrán... De nuestros verdugos...

ESTEBAN (Por la Nicanora.) Llévesela usted arriba, con la niña ; aquí no está bien.

BUENA. (Levantándose.) Anda, Nicanora, vamos arriba.

NICANORA ¡ Quita, padre ! ¿ No ves que la niña duerme? No turbes su sueño, te lo pido.

ESTEBAN ¡ Infeliz ! El hambre y el dolor trastornan su cerebro.

NICANORA ¡ Ay ! desdichada de mí... ¿ No es un sueño lo que me pasa? Antes de todos estos horrores aún se podía vivir. Es verdad que apenas ganábamos para comer, pero no faltaba ninguno de nosotros. Y ahora, ¿ qué es lo que ha pasado? ¿ qué es lo que hemos hecho para sufrir una pena tan grande?... Mi marido muerto, Juanillo lisiado, Adelita muerta también ; nosotros deseando que la tierra se trague nuestros restos. Es verdad que nos trataban peor que a bestias de carga y que no era justo que para nosotros solos fuera el palo y para otros el deleite. Uno se decía : esto no puede seguir así ; tienen que darnos nuestro puesto al sol. Pero esto no dejaba de ser también una ilusión. ¿ Es posible que uno pueda hacerse tan desgraciado luchando por el triunfo de la justicia?

ESTEBAN No desesperes, Nicanora. De esta sangre nuestra, que ha empapado la tierra, ha de surgir el mundo nuevo, el mundo de los pobres y de los humildes.

ESCENA VI

Dichos y DEMETRIO, por el foro.

DEMETRIO Pero no por ese camino. Eres un iluso, Esteban.

ESTEBAN ¡ Ah ! ¿ Eres tú, Demetrio? Tú siempre con tus ideas de odio, de destrucción, queriendo siempre reformar el mundo...

DEMETRIO ¡Por la fuerza! Sí, ¡destruirlo todo! No más naciones, no más gobierno, no más propiedad, no más culto...

ESTEBAN ¿Y a dónde iríamos a parar sin todo eso?

DEMETRIO A un mundo nuevo, a la renovación de todo lo existente.

ESTEBAN ¿Medios de ejecución?

DEMETRIO El fuego, el veneno, el puñal...

ESTEBAN ¡Ah! no, no... ¿El asesinato? ¿el incendio? ¡Jamás! Es monstruoso, es injusto. Todos mis compañeros se levantarían como un solo hombre para castigar al culpable.

DEMETRIO ¡Está tan lleno de tinieblas vuestro cerebro! Trabajáis para vuestros enemigos.

ESTEBAN La semilla está echada. Si no nosotros nuestros hijos la recogerán.

DEMETRIO ¿No has leído los avisos que la compañía ha mandado poner esta mañana?

ESTEBAN Sí. La compañía brinda con el perdón, aun a los mineros más comprometidos. ¿Por qué me lo preguntas?

DEMETRIO Porque estoy seguro de que todo el rebaño de que eres pastor ha de bajar a la mina. ¡Sois unos cobardes!

ESTEBAN ¡Ah! no, no condenes a mis camaradas. Un hombre solo puede ser valiente; pero no toda una multitud que se muere de hambre.

ESCENA VII

Dichos y un grupo de mineros, por el foro.

MINE. 1 Esteban...

ESTEBAN (Estremeciéndose ligeramente.) ¿Qué hay? ¿Qué queréis, amigos míos?

DEMETRIO Ahí tienes lo deleznable de tu obra. Los discípulos que empiezan a renegar del maestro.

MINE. 2 Venimos a decirte que no podemos resistir más.

MINE. 1 Que nosotros, que nuestras mujeres y nuestros hijos estamos agonizando de hambre.

MINE. 2 Y que hemos decidido bajar a la mina.

DEMETRIO ¡Cobardes! ¡cobardes! y ¡cobardes!

MINE. 1 ¿Qué dices?

ESTEBAN Que no me opongo. Que nadie tiene derecho a imponer una muerte segura a ningún semejante suyo. Haced lo que os plazca.

MINE. 2. ¿Y tú?

ESTEBAN (Con fuerza.) Yo no bajo.

CATALINA Pues yo sí, Esteban.

ESTEBAN ¡Catalina!

CATALINA Yo sí.

DEMETRIO Y él también, no tengas cuidado. Cuando una mujer se atraviesa en el camino de un hombre, ese hombre está perdido.

ESTEBAN Pues no te engañas, Demetrio; si ella baja, yo también.

CATALINA ¡Gracias, Esteban!

MINE. 1 (Alegremente.) ¡Mañana!

ESTEBAN (Lo mismo sin poderlo remediar.) Mañana.

MINE. 2 (Lo mismo.) Sí, mañana.

DEMETRIO (Para sí.) El júbilo vil del perro que tras del palo entrevé la pitanza que le arroja el amo. ¡Ah! mísera humanidad... ¿Vale la pena de escatimarte, acaso? Mañana, infames, mañana será vuestro último día... ¡Yo os lo juro! (Alto.) Oye, Esteban, tú no bajes.

ESTEBAN Si ella baja, yo también.

DEMETRIO ¡Te lo suplico!

ESTEBAN Pues bien, ¡sea! Un yugo menos...

MINE. 1 (Tendiéndose los tres las manos.) Mañana.

MINE. 2 Mañana.

ESTEBAN Sí, mañana.

MUTACIÓN

CUADRO IX

LA CATÁSTROFE

La misma decoración del cuadro primero.

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR HENNEBEAU, PABLO NEGREL, en el centro del escenario. Grupo de mineros que entra atropelladamente por la derecha, con sus lámparas en la mano y con el pánico y el dolor en el semblante. El SEÑOR DANSAERT marcha a su cabeza.

HENNE. Pero, ¿qué pasa? ¿Qué es ese estrépito? ¿Qué son esas carreras?

DANSAERT La mina se derrumba. El agua mana por todas partes.

HENNE. Pero, ¿qué ha sido?

DANSAERT Se ha roto el revestimiento.

PABLO ¿Así como así se rompe un revestimiento? El miedo le hace a usted exagerar, Dansaert. (Durante este diálogo, algunos mineros hacen en la plaza animados comentarios; otros se dispersan por el pueblo y llevan a todas partes la terrible nueva.)

DANSAERT Le digo a usted que no.

PABLO Será necesario verlo. Abajo no habrá quedado nadie, ¿no es eso?

DANSAERT Nadie. Al menos así lo creo. Sin embargo...

PABLO ¿Estáis en duda? ¿Y no os halláis en vuestro puesto? ¡Por vida de...! ¡Así abandona uno a su gente! (Dirigiéndose a los mineros que se hallan en la plaza.) A ver, muchachos, contad vuestras lámparas.

MINE. I Es que algunos de nosotros han perdido las suyas, señor Negrel.

PABLO ¡Diantre! Pues pase usted lista, Dansaert.

DANSAERT Tampoco es posible. Muchos de los mineros se han ido ya al pueblo.

PABLO Eso es, a esparcirme la nueva, a alarmarme a las mujeres. Y tengo casi la certeza de que abajo hay gente.

MINE. I Sí, señor Negrel; asomándose a la boca del pozo se perciben claramente, entre el ruido del agua y el crujir de la madera, quejidos desesperados.

ESCENA II

Dichos. Un tropel de mujeres que llega por la derecha invade la escena. La dirige la NICANORA. Con sus grandes gestos trágicos acaban de aumentar el horror de esta escena.

NICANORA Queremos saber los nombres de los que faltan, señor Negrel.

PABLO Aún no podemos decíroslo. Tened paciencia.

NICANORA ¡Paciencia! Guárdela para usted, señor Negrel, que no tiene a nadie de su sangre en la mina. (Dirigiéndose a uno de los mineros.) Oye, tú, no veo aquí a Catalina. ¿Dónde está Catalina?

MUJERES ¡Los nombres! ¡Los nombres!

PABLO Cuando los sepamos os los haremos conocer. No abriguéis ninguna inquietud. Los salvaremos a todos. Voy a ver cómo está eso. Preparaos a seguirme. (Negrel desaparece por la derecha.)

ESCENA III

Dichos, menos PABLO NEGREL.

NICANORA ¡La Virgen bendita de los Desamparados venga en su ayuda! (Dirigiéndose a los mineros.) Pero, contadnos, ¿cómo ha sido eso?

DANSAERT Ya a la bajada de la jaula sentimos un crujido terrible. Los hierros parecía que iban a romperse y la conmoción fué tan grande, que nos echó a los unos encima de los otros.

MINE. I Sin embargo, pudimos llegar abajo, pero en medio de una lluvia torrencial que nos calaba hasta los huesos.

DANSAERT Nos pusimos a trabajar de firme, pero no las teníamos todas consigo. De cuando en cuando ruidos extraños, ecos de lejanos y vertiginosos galopes al través de las galerías subterráneas llegaban a nuestros oídos...

MINE. I Como si nuestros demás compañeros que trabajaban en los otros filones huyesen a la desbandada.

DANSAERT En esto uno de los capataces viene sobre corriendo y nos grita: «Muchachos, sálvese el que pueda... ¡A las escalas!»

MINE. I Y de pronto nos encontramos arriba, al aire libre, sin saber ni cómo habíamos subido.

NICANORA ¡Dios misericordioso!

ESCENA IV

Dichos y PABLO NEGREL, que vuelve por la derecha.

DANSAERT (Ansiosamente.) ¿Qué?

PABLO Vengo lleno de terror. La catástrofe no

ha sido casual. Una mano criminal la ha producido.

DANSAERT Pero ¿cómo? ¿No se ha engañado usted?

PABLO No. Estoy seguro de ello; he visto las piezas aserradas; destornilladas las tuercas.

DANSAERT Pero ¿puede haber en el mundo un hombre con el valor suficiente para realizar tan espantosa tarea?

PABLO ¡Sí, los cabellos se me erizan al pensarlo! ¡Ah! no, jamás se ha visto tan soberano desprecio de la muerte.

MUJERES ¡Los nombres! ¡Los nombres! ¡Queremos que nos digan los nombres.

PABLO No podemos perder el tiempo ahora en eso. Hay que proceder en el acto al salvamento de los infelices sepultados.

MUJERES ¡Los nombres! ¡Los nombres!

PABLO Pero ¡callaos de una vez! Todavía no los sabemos. Ya os lo hemos dicho.

MUJER 1 Lo saben, pero no lo quieren decir.

MUJER 2 Quieren que nos muramos de angustia.

MUJER 1 ¡Que enloquezcamos de dolor!

PABLO Corramos, muchachos. No hay tiempo que perder.

(Sale por la derecha seguido de un numeroso grupo de mineros.)

MUJERES ¡Salvadlos! ¡Salvadlos!

MINE. 1 Allí está Esteban. Allí está también Catalina.

DANSAERT Sí, los hemos visto. Habrá como unos veinte hombres.

MUJERES ¡Salvadlos! ¡Salvadlos! (Los mineros restantes salen también por la derecha.)

NICANORA ¡Virgen mía de las Angustias! ¡Sálvala!

MUTACIÓN Á OBSCURAS

CUADRO X

EL AMOR Y LA MUERTE

La misma decoración del cuadro segundo. A la izquierda y derecha un pequeño montón de rocas que se han desprendido cuando la ruptura del revestimiento. Sobre las de la izquierda están sentados Esteban y Catalina; sobre las de la derecha, Chaval.

ESCENA PRIMERA

ESTEBAN, CATALINA y CHAVAL.

CATALINA Esteban...

ESTEBAN ¿Qué quieres, Catalina?

CATALINA ¿Qué tiempo hará que estamos aquí?

ESTEBAN Catalina de mi vida, no lo sé. He perdido por completo la noción del tiempo. ¿Siglos? ¿Horas? Yo creo que hace ya toda una eternidad.

CATALINA Sí, sí, debe de hacer ya mucho tiempo... Mis ideas se confunden... Siento dos vacíos intolerables: el uno en mi cerebro y el otro en mi estómago. Y luego, Esteban, me parece que con unos garfios agudos me pinchan y me arrancan las entrañas.

ESTEBAN Es el hambre, el hambre maldito que ha de acabar con nosotros. También yo empiezo a sentir sus atroces mordeduras en mi estómago.

CATALINA Aun recuerdo, Esteban, aquel espantoso grito de nuestro capataz... «A las escalas. Sálvese el que pueda».

ESTEBAN Nuestra penosa marcha por las galerías, colgada tú de mi cuello, pues el miedo y la fatiga te clavaban en el sitio de donde era preciso huir a todo trance...

CATALINA Luego el hundimiento repentino de la galería...

ESTEBAN El desplome de la roca enorme que nos cerró el camino.

CATALINA Y nos sepultó aquí en vida. Y para siempre. ¿Qué hacen nuestros compañeros? ¿Cabe mayor suplicio, Esteban, que el que nos condena a morir lejos del sol, lejos del mundo, en la flor de nuestra vida? ¡Oh! y ese hombre... ese hombre siempre con nosotros. (Señalando a Chaval, que, acurrucado en una roca, los contempla con odio y recelo.)

ESTEBAN (Mirando a Chaval.) El destino arrojólo a mi paso, entre los dos, desde mi llegada a la mina, y el destino quiere también que sea común nuestra suerte, como el odio que nos separa y como el rencor que nos divide.

CATALINA ¡Tengo hambre, Esteban!

ESTEBAN ¡Ah, pobre Catalina mía! No tengo nada que darte. Créeme que te daría mi carne, si la quisieras, para alimentarte.

CATALINA ¡Oh, calla, Esteban! ¡Qué horror!

(Chaval saca del seno media libreta de pan y se la come ansiosamente. Esteban y Catalina contemplan como come, con doloroso afán y con salvaje codicia.)

CHAVAL No me mires así, Esteban, porque no he de partir contigo mis provisiones. Todavía hay aquí sitio para dos hombres. Veremos quien sucumbe primero, a menos que no vengan antes a salvarnos, lo que se me antoja muy difícil.

ESTEBAN (Por la libreta que Chaval come.) ¿La quieres, Catalina? Será para ti.

CATALINA (Sujetándole impetuosamente.) ¡Ah! no, ¡nunca! Esteban, a ese precio ¡nunca!

CHAVAL Catalina, si quieres, te cedo la mitad, pero a ti sola.

ESTEBAN ¡Tómala!

CATALINA (A Chaval, con desprecio.) ¡Gracias, cómetela!

CHAVAL Ya vendrás a pedírmela. Mira, te la reservo. (Guardándose la mitad en el seno.) Pero

ha de ser con la condición de que cambies de compañero. Has de venir a sentarte aquí, a mi lado.

CATALINA No.

ESTEBAN (Retirando sus brazos, con que la tenía enlazada, tras una breve, pero tremenda lucha moral.) Anda, Catalina. Por mí estás libre. ¡Vete con él!

CATALINA ¡Nunca, Esteban!

CHAVAL ¡Anda, tonta, ven!

ESTEBAN ¡Dios mío! no me faltaba más que este horroroso suplicio. ¡Muerte cruel, muerte inclemente, no tardes en venir!

CATALINA (Sollozando amargamente.) No, Esteban, ¡nunca, nunca!

ESTEBAN (Levantando y yendo de una a otra parte de su tumba subterránea, como un león enjaulado.) ¡Oh, y no poder salir de aquí! ¡Verse preso entre estos muros malditos, sintiendo el aliento odioso de ese hombre! ¡No poder tener el consuelo de morir lejos de él, cuando menos! ¡Tener que sufrir que venga a disputarme a esa mujer, aun en la hora sagrada de la muerte! ¡Tener que vivir las pocas horas que me restan de vida con el pensamiento atroz de que si muero antes que él ha de profanarla con el asqueroso vaho de su lujuria! ¡No! ¡Dios inmortal!... ¡No! ¡Dios Todopoderoso, haz que mi mano sea un rayo, un ariete!... (Coge del suelo un pedazo de carbón y comienza a golpear furiosamente el muro. Después tiende el oído ansiosamente.) Nada... nada... (Tira el carbón al suelo con desesperado arranque.) Nos han abandonado. ¡La muerte, Dios mío, la muerte de ella y mía, antes que esta horrible promiscuidad con ese hombre!

CHAVAL (Levantándose y yendo hacia Catalina.) Toma, yo no quiero dejarte morir de hambre como ese amante que tienes y que no sé para qué te sirve.

ESTEBAN ¡En nombre de Dios, déjala!

CHAVAL No quiero.

ESTEBAN Si no la dejas, ¡ te mato !

CHAVAL (Sacando un cuchillo.) Sí, tienes razón. Ya es tiempo de que muera uno de los dos.

(Esteban saca también su cuchillo.)

CATALINA (Levantándose con penoso esfuerzo y yendo a interponerse entre ambos.) Esteban... Chaval... ¡ por Dios !

(Esteban y Chaval se apartan á otro lado de la escena y se ponen a luchar con encarnizado furor. Catalina contempla la lucha, paralizada por el espanto. Esta dura poco. Chaval cae muerto de una certera cuchillada en el corazón.)

ESTEBAN ¡ Por fin ! Ya no nos molestará más...

CATALINA (Aterrorizada.) ¿ Ha muerto, Esteban?

ESTEBAN (Ferozmente.) ¿ Lo sientes?

CATALINA (Dejándose caer, como desplomada, sobre la roca de la derecha.) ¡ Ah, mátame a mí también ! ¡ Matémonos los dos !

ESTEBAN Si hubiese sabido que tenías que sentirlo tanto, me hubiese dejado matar por él.

CATALINA No es eso, Esteban. ¿ Cómo vamos a vivir ahora con ese muerto a nuestro lado? ¡ Ah ! lo voy a tener siempre délante de mí... Sí, sí, cierro los ojos y le veo siempre... Esteban, mira, mira cómo nos amenaza. ¡ Sácame de aquí ! ¡ Sácame de aquí !

ESTEBAN ¡ Cálmate, Catalina, vida mía ! Estoy yo contigo.

(Suenan de pronto débiles y sordos golpes dados contra la parte exterior de la roca, por las piquetas de los mineros.)

CATALINA (Estremeciéndose y tendiendo el oído hacia la parte donde suenan los golpes.) ¿ No oyes, Esteban?

ESTEBAN ¿ Qué?

CATALINA Son ellos, son nuestros hermanos que vienen en nuestra ayuda.

ESTEBAN Es el grisú que sopla su llamarada de muerte, al través de las hendiduras de las rocas.

CATALINA ¡ Quítame, quítame a ese hombre ! Lo tengo en pie, aquí, delante de mí. ¿ No oyes esos pasos, Esteban? ¡ Es la muerte, la

muerte que viene a buscarnos! (Llevándose las manos al estómago.) ¡Ay!

ESTEBAN ¿Qué tienes, Catalina?

CATALINA Unas tenazas... aquí... aquí... ¡me desgarran, me trituran! ¡quítamelas también!

ESTEBAN ¡Dios mío! Va a morirse de hambre. ¡Y no poder!... ¡Ah!... (Se arroja sobre el cadáver de Chaval, le busca ansiosamente en el seno y le quita el resto de comida que aun guardaba en él.) ¡Toma! ¡Toma!

CATALINA ¿De dónde has sacado esto? ¿De dónde? ¡Ah, sí, es de él! ¡Qué horror y qué asco! ¡Quita, quita, no puedo!

ESTEBAN ¡Toma, Catalina, toma! Tu vida, antes que todo.

CATALINA No, no... (Se echa, sin embargo, sobre la comida que le presenta Esteban y la devora ansiosamente.)

ESTEBAN ¿Te sientes mejor?

CATALINA Sí, sí, Esteban; ahora me siento muy bien. Y siento un calor... ¡En tus brazos! ¡Quiero estar en tus brazos! ¡Siempre así, siempre, Esteban mío!... ¡Ya no nos separaremos más!...

ESTEBAN ¡Catalina, amor mío!

CATALINA Dime, Esteban, ¿por qué está tan obscuro? Llévame al sol, llévame a la luz.

ESTEBAN Sí, sí, ahora mismo.

CATALINA ¿Qué es eso? ¿No es el canto de los pájaros? ¿No es el rumor del agua de una fuente? Sí, sí, oye, Esteban.

(Vuelven a sonar contra la roca golpes mucho más fuertes y distintos.)

ESTEBAN ¡Catalina! ¡Ya están ahí! ¡Son ellos, Catalina!

CATALINA ¡Chaval, Chaval, vete! ¡Vuélvele a matar! ¡Esteban! ¡Me quiere llevar con él! ¡Vete! ¡Vete, maldito! ¡Te aborrezco! ¡No quiero más que a Esteban, a Esteban, a Este...! (Cae muerta en brazos de Esteban. Suenan nuevos golpes.)

ESTEBAN ¡Catalina! ¡Catalina! ¡Dios mío! ¡Llegan demasiado tarde!

ESCENA II

Dichos y la NICANORA, por la izquierda, seguida de un grupo de MINEROS con picos y azadones.

NICANORA (Precipitándose en la galería.) ¡Mi hija! ¡Mi hija! ¿Dónde está?

ESTEBAN Ahí... ahí...

NICANORA ¡Muerta! ¡Muerta! (Lanza un grito estridente y cae desmayada.)

MINE. I ¡Pronto, Esteban, a la luz, al aire libre!

ESTEBAN No. A la venganza, al exterminio... ¡Lo juro por el cadáver de esa mujer!...

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO

ACTO SEPTIMO

CUADRO XI

¡*OJO POR OJO Y DIENTE POR DIENTE*!

La misma decoración del cuadro tercero.

ESCENA PRIMERA

La NICANORA, sentada en una silla baja, a la derecha, en primer término. ESTEBAN está de pie, a su lado. Más allá, a la izquierda, casi en segundo término, se ve a BUENA MUERTE, también sentado, con las manos extendidas sobre las piernas rígidas e inmóviles. Su mirada de idiota, vaga por la estancia, con aire de fatiga y de embrutecimiento. Los tres personajes visten rigurosamente de luto.

ESTEBAN Quiero que se le haga a Catalina un entierro digno y decoroso.

NICANORA (Sollozando amargamente.) ¡Pobre hija mía!

ESTEBAN Quiero también que todos los mineros, sin excepción de niños y mujeres, la acompañen hasta su última morada. Yo iré el primero. Después, cuando la última paletada de tierra caiga sobre aquel cuerpo infortunado, saldré inmediatamente de este país maldito, empapado todo él con la sangre generosa de nuestros mártires.

NICANORA ¿Y no volverás, Esteban?

ESTEBAN Sí, sí, para redimiros y para vengaros.

ESCENA II

Dichos y JUANILLO, que entra por el foro precipitadamente.

JUANILLO ¡Esteban, huye! Los gendarmes te buscan.

ESTEBAN ¿Lo ves, Nicanora? ¿Lo ves? Esos infames ni siquiera me quieren permitir el lujo de que acompañe yo su cadáver.

JUANILLO Huye... No hay tiempo que perder.

ESTEBAN ¿Por dónde?

NICANORA Sube... Salta por la ventana. Intérnate en el bosque.

ESTEBAN (Conmovido.) ¡Adiós!

NICANORA (Lo mismo.) Vuelve, Esteban.

ESTEBAN Sí, a ponerme al frente del ejército de obreros que ha de conquistar el porvenir. (Desde los primeros peldaños de la escalera.) Entretanto, pon flores, en mi nombre, sobre su tumba. (Se va.)

ESCENA III

Dichos, DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y CECILIA, por el foro. Vienen cargados de paquetes.

TOMÁS ¡Buenos días, Nicanora!

NICANORA (Con gran frialdad.) ¿Ustedes por aquí, señoritos?

TOMÁS Sí, Nicanora, hemos sabido tu desgracia, que aunque en parte la tienes merecida, no puede menos de excitar nuestra más viva compasión.

ROSALÍA Y te traemos esto.

CECILIA Vestidos y ropa blanca para ti... Zapatos para el abuelo.

NICANORA (Secamente, agriamente, sin alargar la mano para tomar los paquetes.) ¡Gracias! Lo que yo quisiera es que me devolvieran ustedes a los míos.

ROSALÍA Si en nuestra mano estuviera... Pero no te apures, mujer; Dios aprieta, pero no ahoga.

NICANORA ¿Que no ahoga? ¡Ah! señorita... Dígamelo usted a mí.

TOMÁS Y bien, abuelo, ¿usted siempre con sus alifafes?

(Buena Muerte ni responde ni mueve un músculo de su rostro.)

ROSALÍA No responde. ¿Está sordo?

NICANORA Se ha quedado como imbécil. Se pasa las horas muertas, inmóvil en esa silla, sin decir una palabra. ¡Ah! dichoso de él... Así no sufre...

CECILIA ¿No te acuerdas, papá, que nos habían dicho que estaba así? Lo que tiene es que se nos había olvidado.

TOMÁS (Deshaciendo los paquetes.) Es cierto, hija mía. Mira, Nicanora, aquí tienes un par de botellas. Es vino generoso. Y aquí están los zapatos del abuelo. Debe usted ponérselos en seguida, porque hace mucho frío.

(Buena Muerte no responde tampoco. Su rostro espantoso tiene la frialdad y la dureza de la piedra.)

NICANORA No les dará ni las gracias.

TOMÁS (Poniéndoselo todo encima de la mesa, viendo que Nicanora ni siquiera se da el trabajo de tomárselos.) ¿Y dónde tienes a tu muerta, Nicanora?

NICANORA Arriba. ¿Por qué?

ROSALÍA Quisiéramos verla. ¿Sabes? El entierro corre de nuestra cuenta.

NICANORA ¡Gracias! Ya lo ha pagado Esteban. (Su celo filantrópico me huele más a miedo que a caridad.)

TOMÁS Vamos, Nicanora.

ROSALÍA ¿No vienes, Cecilia?

CECILIA No, mamá. Ya sabes que esas cosas me dan mucho miedo.

TOMÁS Bajamos en seguida. (Suben por la escalera de la izquierda la Nicanora, don Tomás y doña Rosalía.)

ESCENA IV

Dichos menos la NICANORA, DON TOMÁS y DOÑA ROSALÍA. En cuanto han acabado de subir la escalera, opérase en Buena Muerte una súbita y extraña transformación. Sus manos, siempre extendidas sobre sus piernas, se crispan; un sacudimiento nervioso agita todos los músculos de su cuerpo. Sus ojos, antes muertos y apagados, animados por salvaje expresión, buscan a Cecilia. Se fijan tenazmente en ella, la envuelven en una red de miradas dominadoras, profundas, terribles, destellantes de odio y de furor. Cecilia, a la repentina e inesperada metamórfosis de Buena Muerte, se queda aterrada, como fascinada, pendiente de todos sus movimientos y sin poder articular palabra.

BUENA. (Con voz lenta, reconcentrada, en que vibra un gran odio de raza.) ¡Qué cuello tienes tan blanco... tan delicado ...tan mórbido!... Es un verdadero cuello de burguesa, hija mía... (Cecilia le mira inmóvil, como petrificada, los brazos caídos a lo largo del cuello y las pupilas dilatadas por el terror.) ¿Qué dirías si yo le hiciera con mis manos, con mis rudas manos de obrero una caricia ¡fuerte! ¡inmensa! ¡brutal!

CECILIA (Cayendo a sus pies de rodillas.) ¡Perdón, abuelo! Yo nunca le he hecho a usted daño... Yo soy buena... Yo no quiero mal a nadie...

BUENA. (Poniéndose de pie, amenazador, espantoso, terrible.) ¡Ojo por ojo y diente por diente! ¿No dice eso la Sagrada Escritura? (Se lanza sobre ella con ímpetu salvaje y la ciñe el cuello fuertemente con ambas manos.)

CECILIA (Con voz ahogada.) ¡Papá! ¡Mamá! ¡Soco!...

(Rueda al suelo estrangulada.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y la NICANORA, por la escalera de la izquierda.

TOMÁS ¿Qué es eso? Gritos ahogados... Parecía la voz de Cecilia. (Reparando en el cuerpo exánime de Cecilia y cayendo de rodillas a su lado, lleno de amarga desesperación.) ¡Cecilia! ¡Hija mía! ¡Muerta!

ROSALÍA (Arrojándose desesperada sobre el cuerpo de Cecilia.) Pero ¿cómo? ¿Quién ¿Quién ha sido? ¡Hija de mi alma!

NICANORA (¡Nos ha vengado!)

TOMÁS (Poniéndose de pie, yendo hacia Buena Muerte, crispando los puños.) ¡Ah! viejo bandido... ¡Infame! ¡Asesino!

BUENA (Irguiéndose arrogante, retando a don Tomás.) ¡Asesino, no! ¡Vengador!

TELÓN

FIN DE LA OBRA

3 0112 117455011

Precio: DOS pesetas